

1
8

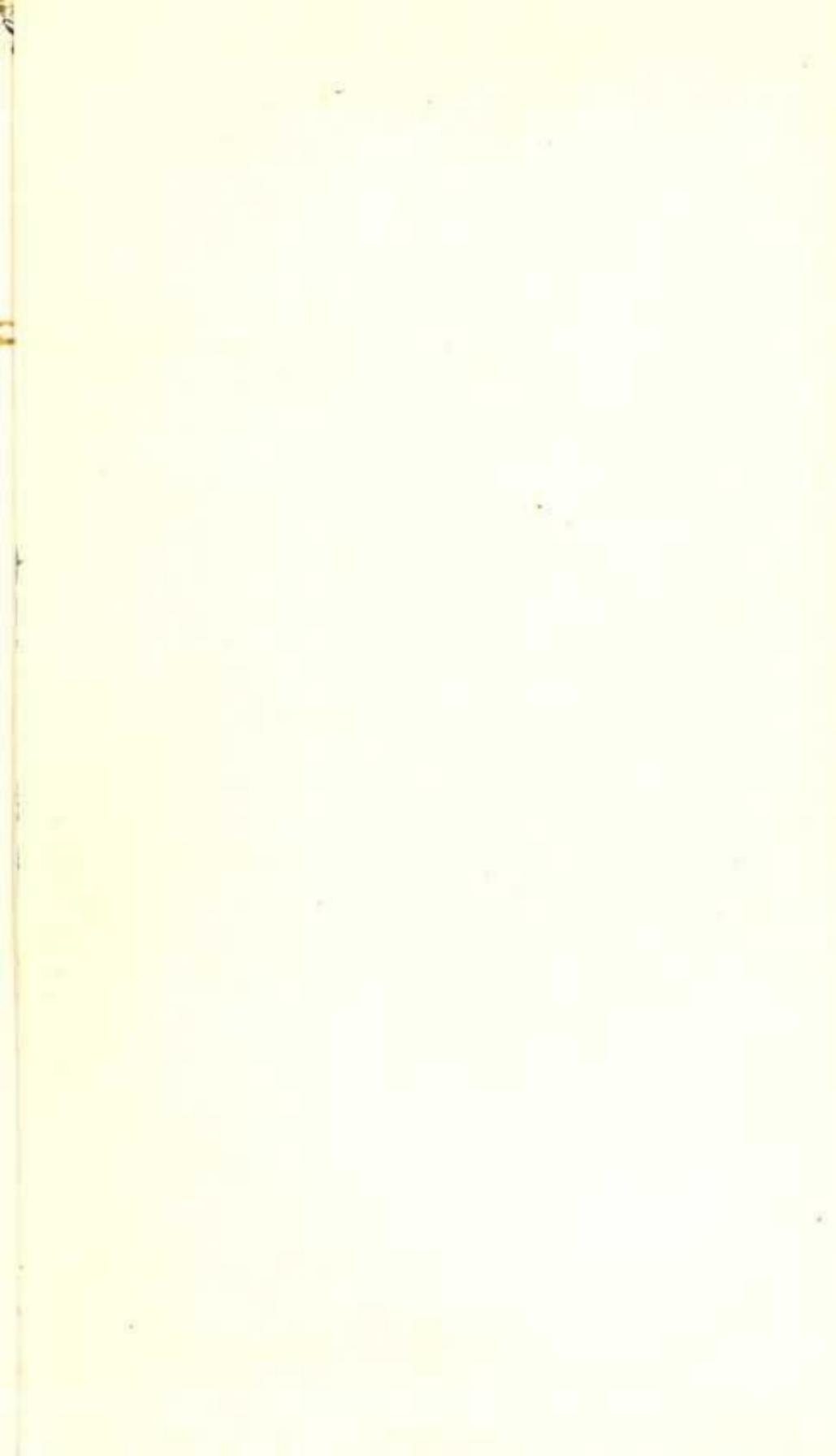
860-3

URB

jal

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**



JALEQUE

JALEQUE

A. J. ...
...



JALEQUE

NOVELA ORIGINAL

DE

Ramón A. Urbano.



R. 15.510



MADRID
Colección *URBANO*
VOLÚMEN I.

DONATIVO 26-11-1971



TIPOGRAFÍA DE POCH Y CREIXELL.—MÁLAGA.

Un pedazo de papel

*sido dado ver
ol cuando te ví!
ces, preciosa niña,
á una zarza en
¿Y quién si no tú,
osa, podrá restañar
de mis heridas?
mano está tu por-
deidad incomparable.*

Así decía un trozo de papel que Andrés Rivera, Jaleque, por mal nombre, halló bajo la ventana de la casa de Antonia.

La luna, que espléndidamente brillaba en lo alto, dejaba ver aquella noche detalles que, en otras, hubieran pasado desapercibidos.

Jaleque miró á la ventana de Antonia, vió cerradas las hojas de añosa madera, que frecuentemente se entreabrían con alegre chirrido, para dar paso á frases de amor y á miradas de fuego; giró la vista en torno de sí y hallándose solo recojió el papel que sus ojos de lince habían descubierto bajo la ventana, como arrojado al arroyo por mano despreciativa.

Extendió el papelito Andrés y acercándolo cuanto pudo á los ojos leyó algunas palabras, que formaban como la mitad de algunos conceptos misteriosos.

Aunque la letra del maldito papel era española neta, aunque estaba trazada con tinta negrísima, Jaleque se quedó á obscuras, cual si tuviese delante de las pupilas un jeroglífico.

Se restregó los ojos el buen Andrés y tornó á su tarea..., pero tampoco pudo descifrar aquel raro enigma.

—¡Falta la mitá!..—murmuró pesoso. Entonces buscó con ahinco por el

suelo, y, no hallando el otro pedazo de papel, que hubiera hartado su curiosidad, guardó el hallazgo en un bolsillo y, de seguida, silbó con silbido estridente.

Poco despues rechinaron los goznes de la ventana, ante la cual habia hecho parada Jaleque; éste se aproximó á la reja, y al punto vibraron delicadamente en el misterio las suavidades del acento de una mujer y el arrullo de la voz masculina, expresando ternuras y quejas.....

Andrés era un hombre como de treinta años, alto, delgado, con ojos negros y rasgados, nariz correcta y andar airoso. Llevaba rapada la faz, á la usanza de los principios de este siglo. Por debajo del sombrero redondo aparecia, cayendo sobre la espalda, la clásica redecilla rematada en una morilla de seda. Capa de estameña azul cubria los hombros de este mocito, tan reputado en éxitos de amores como en el tañer de la guitarra. Jaleque nació en.

Ronda allá por los años de 1780, de modo que en el de gracia de 1810 (año de poca gracia para la tierra malacitana, por que en él la tomaron los franceses) contaba el hábil guitarrista la edad que más arriba apunté.

Antonia era una mozuela nacida en el barrio de la Trinidad de Málaga, capital andaluza que va perdiendo su caracter primitivo, aquel caracter que tanto realzó su historia y que apenas puede apreciarse en estos tiempos malditos de cocer.

Prueba de este aserto: cuando el viajero recorre las calles de la Trinidad y de los Percheles, aquellos Percheles que Cervantes mencionó en la obra maestra del habla castellana, padece su fantasía la triste decepción que, por lo inesperada, produce hondas sensaciones de dolor. Y es que la ausencia de detalles típicos que el viajero sueña, nótase apenas comenzada la exploración artística.

Dije pues..., que Antonia era trinitá-

ria, y en cuanto lo dije me perdí en una breve divagación. Volviendo por el lápiz, seguiré trazando la silueta de la angelical Antoñica: de estatura regular, no escaso donaire y blancura de nieve, estaba dotada por la Naturaleza la malagueña gentil. Su cabello era negro y se mostraba ondulante sobre las sienes; sus ojos, negros también y extremadamente expresivos, constituían el atractivo principal de aquella carita blanca, á la que prestaban adorno de singular precio una boca diminuta y una nariz aguileña. Apesar de que en la simpática figura de Antonia no predominaban, ni mucho menos, los abultamientos de formas, la línea del seno describía ámplia curva, capaz de satisfacer todas las exigencias de la estética. Y, correspondiendo á la suave morbidez del pecho, las líneas de las caderas también se arqueaban, buscando consonancia con las restantes delicadezas de aquel sér privilegiado.

¿Alma?... Bah, de alma no hablemos,

por que Antoñica la tenía tan pura que, á buen seguro, se la quitó Dios á un angelito para encerrársela á ella en aquel precioso estuche de carne y hueso.

Antonia era hija del tío Runcales, famoso herrero cuya fragua soplabá á diario; pero había en el continente de la hermosa niña un sello de finura tal y unos rasgos característicos tan excepcionales, que se destacaba demasiado en el cuadro de rudeza constituido por el taller: puede decirse que se salía del marco, que desmentía la tonalidad general, á la manera como ciertas figuras desentonan en determinados fondos pictóricos, siendo necesario eliminarlas de la composición.

.

Las nueve de la noche eran, á lo sumo, cuando Jaleque se detuvo delante de la reja.

Hablaron los amantes, de esas puerilidades que han formado siempre, y formarán todavía, los diálogos de los enamorados.

Sin embargo, Antonia advirtió, desde un principio, cierta preocupación en el ánimo de su novio, y

—¿Qué te pasa esta noche?—le preguntó con suprema ternura.

—Náa; contestó el Jaleque.

—Me parese, dijo ella, al par que clavaba sus grandes ojos en los ojos de Andrés; me parese á mí que tú no estás contento. Mira, Andrés, si tú tienes pena debes desírmela á mí, á mí que te quiero con toa mi alma. Respóndeme, tú estás triste, á tí te sucede alguna cosa.

—¡Vaya; habló sonriendo con forzada sonrisa el rondeño. Te vás á empeñá en que tenga argo. Pues...

—¿Qué, habla?

—Que..... no tengo ná, hija mía.

—Sí, si ibas á desírmelo, si te has arrepentío por que no me quieres, por que no me quieres ni esto.—Y diciendo así, hizo sonar Antonia la uña de un dedo pulgar en los blanquísimos dientes superiores, que asomaban tentadores bajo sus lábios de grana.

—Antonia..., Antonia.....

—Dios te dé habla, sa'ao; dijo con zalamería la adorable muchacha.

—Pues mira, no iba á desírtelo pero... te lo voy á desí. Mira, Antonia, Antonia de mi alma, á mí me han dicho que te está cortejando un usía ¡la mar se lo trague! y si eso es verdá, ¿por qué me lo has estao cayando?... ¿Es verdá eso, Antonia? ¿Son cosas de la Morena?

—¡Ah, te lo ha dicho la Morena!.....

—¡Mardita lengua, amen!—Y diciendo esta frase dióse Andrés un golpe en los labios, como para castigar su indiscreción.

—¡Conque la Morena...!, repitió Antoñita moviendo la cabeza con cierta parsimonia.

—Sí; y me ha dicho más; que el caballero te ha mandao un biyete, escrito con esas palabras que saben poner los hombres que estudian latin.....

—¿Que te ha dicho lo de la esquila?..

preguntó admirada la hija de Runcales.

—Eso mismo.

—¡Ave María Purísima! Pues si eso ha susedío hase una hora.

—¡Con que era cierto!—exclamó Jaque dando un golpe en el suelo, con el pié derecho, y mordiéndose una mano con rabia. ¡Era sierto!... ¡Mardita sea mi suertel!... Si yo he nasío pá ser el hombre más desgraciao del mundo. ¡Antonia, Antonia!...

—Cálmate, Andresiyo; verás....

—No nesesito ver más, ya estoy enterao. ¡Bien me dijo aqueya....!

—¡No me nombres por Dios á esa... mujer. Yo te explicaré.....

—No quiero, no me dá la real gana. Tú has nasido para usía y yo no quiero estorbarte.

—¿Qué dises?...

—Adios, y el sielo te proteja.

—¡Andrés!... Ofendes mi dignidá; ¿Estás loco?... ¿Qué te ha dao de pronto... Oye: pero... ¡se vá!... ¡Hombre!...

Espera... ¡No, no me oye! ¡Dios mío, no quiere oírme! ¡Madre mía, se vá!... ¡Duda de mí, que le quiero con toda mi alma y que tengo mi corazón entero para él...

En esto Antonia intentó meter la cabeza por entre los hierros de la ventana, para ver si Jaleque seguía imperturbable su marcha, ó si volvía sobre sus pasos.

Pero..... Lesage lo ha dicho: si el amor tiene mucho imperio sobre los españoles, el pundonor lo tiene todavía más.

Aunque invisible mano tiraba de la capa de Andrés, ni éste quería retroceder ni volver el rostro. Y, con efecto, siguió andando, no sin barajar en su mente mil ideas de venganza. ¡Oh, en cuanto él averiguara el nombre del atrevido usía! . Matarle le parecía poco; beber su sangre, eso era lo que él apetecía en aquellos momentos.

Presa de tal obsesión dobló la esquina Jaleque, y, embozándose hasta los

ojos, siguió andando precipitadamente por la calle de los Mármoles.

Antonia cerró las puertas de su ventana, con el alma llena de amargura y con los ojos bañados en acerbo llanto.



Quien canta, su pena espanta

Pocos minutos despues llegó Andre-
sico á su vivienda, no muy apartada de
la casa del herrero; dió un par de alda-
bonazos en la puerta, y, enseguida, do-
bláronse las hojas hacia el interior del
zaguan.

Más que decir, murmuró Jaleque un
«Ave María purísima», que fué contes-
tado por voz soñolienta con la frase
consabida, que sirve de obligada res-
puesta á la salutación cristiana.

Andrés atravesó el patio, asesorado
por la luz titilante que ostentaba el
candil, puesto en manos de la vieja que
le franqueó el paso; llegó al ángulo
fronterizo, empujó la puerta de una

habitación y se internó en ella, cerrando tras sí.

La vieja se retiró á su chiribitil murmurando:

—Mal jocico trae ese esta noche: el diablo me lleve si no le pasa algo de cuidao ¡Ay, nó; pensó llena de arrepentimiento; el diablo, no! Jesús sea aquí y en todos los rincones..... Padre nuestro.....

Jaleque se encontró á obscuras; buscó en el bolsillo de la chupa la pajuela y el eslabon; hizo chocar el acero con la piedra y brotaron chispas de luz en tropel extraordinario. Encendida la mecha dirijióse á tientas á un rincon de la sala, y, topando con la mesa, palpó sobre ella hasta encontrar el velon. Aplicó la pajuela de azufre á la torcida y prendió viva llama en el chupon de aceite.

Entonces descinjóse la capa y la arrojó sobre un banquillo de roble, poniendo encima el sombrero.

Sentóse, y apoyando el brazo derecho en el tablero de aquella mesa tosca y

trabada de ferrados barrotes, colocó su frente en la palma de la mano y meditó algún tiempo.

Descomponiendo la actitud, súbitamente, sacó del bolsillo el pedazo de papel que había recogido al pié de la ventana de Antonia, y comenzó á examinarlo de nuevo, sin hallar en él explicación á sus dudas.

Y aquellas dudas tomaban cuerpo, se agigantaban poco á poco y hundían, con toda la fuerza que sus proporciones le prestaban, un acero punzante en el corazón del enamorado mancebo.

Inundóse de sentimiento su alma, al considerar que estaba solo en el pícaro mundo. Solo, sí, por que Andrés no tenía ni padre, ni madre, ni perrito que le ladrara, como se dice por ahí; y al darse cuenta del falso cariño de la hija de Runcales, esperanza halagadora que en su soledad había vislumbrado lleno de ternura, experimentaba la terrible nostalgia que hace de la soledad un sepulcro.

Por un momento, recobró la abstraída imaginación su perdido imperio. Volvió en sí, un instante, y fijáronse sus ojos en un rincón del aposento.

—No estoy tan solo; pensó, tratando de consolarse.

Entonces se levantó del banco y dirigiéndose al sitio que había atraído sus miradas, cojió la guitarra, objeto que columbró, como punto de alegría, en aquella lucha incesante de sus tristezas.

Vuelto á su asiento, extendió un tanto la pierna derecha y alzó la izquierda, para colocar sobre el muslo la cintura del clásico instrumento.

Templó las roncadas cuerdas, con la gradación que el arte exige, y, acomodando sus manos, una en el mástil y otra en la encordadura espléndida de aquella sonora vihuela, cantó Jaleque sus penas á compás de notas melancólicas y de acordes misteriosos, en tanto la noche parecía escuchar el mágico concierto, suspendida en silencio imperturbable....

La botica

¶ Era don Hermógenes Torrubia un hombre de edad algo avanzada, lo cual no impedía que el corazón de dicho señor se mantuviese fresco, como una lechuga, y que á cuantas doncellas ó *mártires* tropezara en su camino, les arrojase un manojo de flores, (hablando en sentido metafórico)

Don Hermógenes tenía una estatura regular, algo grueso, blanco y de porte coqueton. Llevaba siempre espejuelos de plata y era tardo en el paso, para el cual servíale de ayuda una muletilla, de mano, que apoyaba en el pavimento.

Casi siempre acompañaba á Torrubia su sobrino Joseph, pollo flaco y largui-

lucho, que tenía la misión de dejar á su buen tío, todas las tardes, en la oficina de farmacia del famoso licenciado don Cándido Labriga, cuyo establecimiento se hallaba situado en la calle de Granada, y en el extremo inmediato á la plaza de las cuatro calles.

Reuníanse en la trastienda, con exactitud jamás interrumpida, el Sr. Labriga, D. Hermógenes y otros varios caballeros que ya diré.

El sobrinito de Torrubia marchábase casi siempre, ora á las tertulias de confianza que ofrecían sus amigas, ya á ver el primer acto de una comedia en el Teatro, pues Joseph conocía á un taquillero que le dejaba libre el paso, permitiéndole así ponerse en contacto con los comediantes. Debemos advertir que el flaco sobrino tenía un *flaco*: la desmedida vocación por el oficio de cómico, que le traía sorbido el seso

No pudo conseguir jamás, el buen tío, que Joseph estudiara humanidades; Joseph se aprendía los soliloquios

de las comedias famosas, en menos que canta un gallo, pero á Ovidio ó á Homero, como estaban en latin ni los entendía ni procuraba entenderlos.

Son las seis de la tarde y don Hermógenes entra, con su torpe andar, en la botica de Labriga, seguido del desmirriado Joseph.

Ya están sentados en la trastienda casi todos los contertulios, y la entrada de don Hermógenes es recibida con las siguientes saluciones:

—Venga con Dios el señor don Hermógenes; dice Labriga.

—Adelante, dianche irresistible; exclamó uno de los concurrentes.

—Esa voz..., murmuró Torrubia girando lentamente sobre sus piés, hacia la derecha. ¡Qué veo!—añadió,—si es el consecuente amigo don Vicente Abelló.

—Sí, sí; el mismo que viste y calza.

—Tomad asiento, don Hermógenes; dijo Labriga.

—¿Eh? ¿Qué esperas tú? — interro-

gó Torrubia, dirigiéndose al sobrino.

—Si vuestra merced no quiere nada...

—Nada; que vayas tempranito.

—¡Oh, el comediantel.. exclamó Abeló refiriéndose á Joseph.

—Sí, el comediante de la pipiritáina.

—No, señor tío; replicó Joseph, herido en su amor propio. Yo he de ser comediante de la compañía del señor Isidoro Maiquez, que dicen es una maravilla y que...

—Vaya usted enhoramala, vicioso. Dijo don Hermógenes en tono regañón.

—Veamos, añadió Labriga: si el mozolejo quiere ser cómico y no letrado ¡qué diantre! haga de galan ó de barba, de gracioso ó de...

—De gracioso, señor licenciado; arguyó Joseph.

—Bah, bah. ¿Pero usted va á hacer caso de este bobo, amigo don Cándido?

—Veamos; dijo este. Si el mozolejo, *verbi gratia*, tiene voz y chiste para ha-

blar y donaire para hacer las muecas...
Je... je...

—Sí que tengo todo eso, señor don
Cándido.

—¡Labriga vá á rematarme al so-
brino!

—Dejadlo hacer,--dijo Abelló;--así co-
mo así, cuando el diablo se propone...
¡Qué dianchel!...

—¿Quieren vuestras mercedes que yo
diga aquí una relación que me sé de
cabo á rabo?

— ¡Este nécio vá á querer soltar aho-
ra el Caramanchel de «Don Gil!»

—A buen seguro, señor tío. ¡Y que
no le doy yo aire á aquello de

«Siento el pulmon opilado,
y para desarraigar
las flemas vítreas que tiene,
con el quilo, le conviene...

—Calla menguado; interrumpió To-
rrubia.

—¡Hola! Aquí viene don Ruperto!

—Santas y buenas, señores.

—¡Oh, Galeno sapientísimo!... Dijo

Don Hermógenes saludando al médico don Ruperto.

—¿Tramaban algo vue sarcedes?...

—Sí; respondió Labriga: nos dispõniamos á oír á este gracioso, al sobrino de don Hermógenes.

—¿Gracioso, por qué?...

—Por que quiero serlo, señor doctor. Porque la inclinación me llama por ahí.

—¡Ah! vamos; objetó el campanudo Don Ruperto. Entendido: éste es el comediante en agraz ..

—El majadero, diréis mejor.

—¡Señor tíol... Ahora verán voacedes si yo sirvo ó nó para el caso. Comenzaré donde dice:

«Por mil causas: la primera, por que con cuatro aforismos, dos textos, tres silogismos, curaba una calle entera.

No hay facultad que más pida estudios, libros, galenos, ni gente que estudie menos... con importarnos la vida.»

—Calla, imbécil—exclamó Torrubia.

—Escoje otra relación, que esa maldita la gracia que tiene; objetó don Ruperto.

—Dejadle seguir, ¡qué dianche! - dijo Abelló sin poder contener la risa.

—Sí, sí, que continúe, añadió don Cándido mostrando sonriente su falta de incisivos.

Joseph siguió diciendo:

«Pero, ¿cómo han de estudiar no parando en todo el día?

Yo te diré lo que hacía mi médico. Al madrugar, almorzaba de ordinario una lonja de lo añejo, por que era cristiano viejo, y con este letuario

aqua vitis, que es de vid, visitaba sin trabajo calle arriba, calle abajo, los *egrotos* de Madrid.

Volviámos á las once; considere el pío lector, si podría el mi doctor,

puesto que fuese de bronce,
harto de ver orinales,
y fistulas, revolver
Hipócrates, y leer
las curas de tantos males.»

—¡Voto al chápiro!—exclamó don Ruperto dando un fuerte golpe en el suelo, con el pié derecho. Este mozalvete está muy mal educado.

—Ja, ja; señor Galeno—dijo Abelló—en ese caso, el mal educado será el poeta.

—Je, je, je,—añadió riendo el señor Labriga. ¡El lance es chistoso!

—Sí, muy chistoso;—exclamó un tanto picado el médico.

—No hay que ofenderse, señor doctor; dijo Torrubia. Este bellaco ha soltado aquí la única relación que sabe, y que es del gran Tirso de Molina, en su famosa comedia «Don Gil de las calzas verdes.»

—Bueno, pues vayan al diablo don Gil y D. Tirso... y todos los demás.

—Je, je, je; qué malhumorado le ha

puesto el sonsonete;—agregó Labriga.

—Ea, márchate ya, Joseph. ¡Este sobrino mío va á quitarme del mundo!

—Que gocen vuestras mercedes, adios; pero... todavía quedaba lo mejor del soliloquio...

—¡Anda al diablo, tarambana!

—Ya me voy, tío; santas y buenas.

—Adios, gracioso; dijo don Cándido con su risita burlona.

—¡Vaya un poeta deslenguado!.....

—murmuró Don Ruperto.

—¡A fé que el dianche usa buen tonol! ..



Un Viejo verde

Pronto cambió la decoración en la farmacia de Labriga.

Disipado, un tanto, el mal humor de don Ruperto Tostana, Abelló que como buen militar—porque era coronel de granaderos—gustaba de contar y oír contar correrías, instó al señor Torrubia para que refiriese alguno de aquellos lances, en que constantemente se jactó de haber tomado parte.

No he dicho á mis lectores que don Hermógenes fué, cuando mozo, un temor perpétuo de los maridos; y no solo entonces, sino cuando los años iban robándole la vista y la energía en los

movimientos, hervía su corazón á maravilla.

Como que no habia moza rozagante ó flaca, morena ó rubia, alta ó baja, á quienes don Hermógenes no mirase con ojos de sátiro, á través de sus espejuelos, y á las cuales no dijese:

—Dios, nuestro señor, la conserve para este pecador humilde. O bien: «antes de morirme te vea yo en mi cabecera...., etc., etc.»

—¿Y qué nos cuenta el amigo Don Hermógenes?... preguntó don Vicente Abelló.

—Algo hay, algo hay; respondió con aire de satisfacción el aludido.

—Venga de una vez; dijo en un arranque de su habitual vehemencia el valiente coronel.

—A buen seguro—objetó Don Ruperto—que nos vá á encajar aquí un romance.

—Je, je.... rió Labriga. ¡Parece que las relaciones en verso le hacen daño al Galeno!...

—No es romance lo que tengo que decir, es algo más sabroso y digno de mi fama.

—Alguna aventurilla; agregó don Vicente. Ea, pues venga de un golpe, porque yo soy curioso. ¡Voto al dianche!

—Ved, Labriga, ved si hay gente en la tienda, porque pudieran oír.....

—Je, je... no hay nadie, burlador incorregible.. .. ¿A ver?..... (Y asomó la cabeza por la puerta que daba al establecimiento.) El mancebo,—añadió—nadie más que el mancebo, que prepara una tisana..... *secundum artem*.

—Bueno, pues.....(y empezó á hablar Torrubia, bajando la voz.) Tengo una conquista.

—¡Hola, hola!... interrumpió Abelló.

—Una niña gentil, blanca como la nieve, hermosa... ¡y trinitaria!...

—¡Alguna perdidilla!... je, je, je...

—¡Una jóven honesta!... ¡Y tan honesta!

—Dejadle hablar; ¡dianche!...—dijo don Vicente.

—Es una perla.

—Vamos, Don Hermógenes; usted quiere hacernos tragar embustes

—¿Embustes?... ¡Venís de muy mal humor esta noche, amigo Esculapio!

—¡Y usted es un impertinente, señor conquistador. ...

—Je, je, es divertido;—dijo el farmacéutico.

—Paz paz; recomendó Aballó.

—¡Hombre, bien! Un militar aconsejando la paz;—arguyó el médico, algo amostazado.

—¡Cuánto me rio!... ¡Je, je!

—Lo cual no quita para que yo tenga más bríos que un ejército y brame, venga, vaya, aplaste, mande, brinque, sacuda y venza en una acción de armas. ¡Allá veredes—que dijo el otro—si los francesitos llegan...!

—¡Que llegarán!—añadió Labriga.

—Pues bien, que se atrevan; exclamó el coronel exaltado. Que vengan esos infames, esos tiranos, esos ambiciosos.

La milicia, el pueblo.., todos sabremos continuar las glorias de Zaragoza, de Madrid y de Bailen..... ¡Que vengan!... ¡Canallas!... ¡Dianches!... ¡Cochinos!...

—No estoy por esos temperamentos; —dijo don Ruperto.

—Nada, lo dicho: que si vienen esos señores...

— ¡Señores! interrumpió Abelló.— ¡Sinvergüenzas y ladrones y cobardes!...

—Esto se anima; dijo Labriga, sonriendo siempre y frotándose las manos.

—Desengañaos, señor militar,—añadió Tostana.—El Corregidor, Ortega Rengel, Tentor, Sanchez de Castilla y otros buenos amigos de Málaga, se oponen con razón á los procedimientos de resistencia, para el caso desgraciado de una invasión.

—Pues yo digo—arguyó Don Vicente, aun más colérico y chillon que antes—que ni usted ni esəs, ni ninguno de los que se aparten de tales medios,

son patriotas ni merecen el nombre de malagueños ¡Qué dianche!

—Señores—habló Torrubia sujetándose los espejuelos—¿no sería mejor dejar esa discusión baldía y reservarse cada cual para cuando la ocasión llegase?... ¿Venimos aquí á pelearnos, por ventura?...

—Pero hombre ¿no vé usted lo que dice el Galeno?... A él le incomodan los versos de Tirso, los planes patrióticos.. ¡Todo, todo lo que no se acomoda á su gentil manera de pensar!...

—Vaya; Dios se las dé á ustedes buenas—dijo Tostana disponiéndose á marchar.

—¡Llegó al colmo, llegó al colmo! .. exclamó don Cándido Labrigo riendo á carcajadas.

—No quiero continuar donde mis opiniones me retiran.

—Pero don Ruperto,—habló ya moderando su energía el insigne Abelló. ¡Si están ustedes en contra de la opinión general; si nosotros somos los

que estamos en lo firme. ¡Dianche!

—Sea; pero si hemos de continuar en calma,—manifestó don Hermógenes, debemos dejar ese punto .. ¡y á otro!...

—Señor don Cándido?... dijo el mancebo asomando tímidamente su estúpida fisonomía.

—¿Qué te ocurre, simplon?

—Una mujer pregunta por el señor don Hermógenes.

—¿Eh?..

—¿Alguna belleza?... preguntó Labriga, haciendo picaresco mohín.

—No, señor, respondió el mancebo, una bruja con disfraz de criada.

—Ah, es la Jacinta,—dijo don Hermógenes; y se levantó penosamente del asiento.

Señores, la aventura marcha. Vuelvo al instante.—Y salió á la calle, no sin taparse la boca con la mano izquierda, para resguardarse del ambiente, algo fresco, ¿Qué es ello?... preguntó á la vieja.

—Dios bendiga á su merced—habló la anciana con voz nasal.

—Cuéntame.

—Largo es ello. Venid un poco más arriba.

—¿A dónde vamos?... ¿Al convento de las Dominicas?... No me pesaría por cierto...

—¡Jesús, señor don Hermógenes!.. respondió la vieja santiguándose.

—Vamos á ver.

—Pues, nada, que ayer di vuestra misiva. Y ¡qué pico de oro tiene aquella Antoñical... Los ángeles debieran bajar á aprender de ella gracia y donaire... Pues ¡y cuando baila una contradanza andaluza!...

—Bueno, al grano ¿Leyó el pliego?..

—¡Es cosa clara!... Desde la cruz hasta la firma.

—Mentira..., porque ni llevaba firma ni cruz. ¿Y... te dijo algo, la muchacha? ..

—Se incomodó, así, al pronto. ¡Lo de todas! Pero allí le dejé la cartita, y...

ya se la habrá metido en el corazón.

—¡Jacinta, Jacinta!... exclamó don Hermógenes dando riendas á su erotismo ¡Si tú supieras manejarte con esa muchacha... te compraba una saya de lino y un rosario de perlas... y...

—Dinero para comprarlo, señor don Hermógenes.

—Bueno. ¿Y qué piensas hacer?...

—Encender una libra de aceite á las ánimas benditas, para que todo salga á gusto de vuestra merced.

—Pero...

—Dinero es lo que no me sobra en la faltriquera.

—Toma, toma.

—Eso es: por dinero baila el perro, y ya mañana daré alguna buena nueva á su merced. Así dijo Jacinta, después de santiguarse con la moneda y guarda la entre el corpiño y su seno descarnado. Santas y buenas noches dé Dios á vuestra merced. Me voy, á ver si encuentro qué yantar y luego á dormir en paz del Señor, hasta mañana.

Jacinta vivía á expensas de una nieta, hija de cierto pescador que á veces se emborrachaba, en cuyo caso la bruja no podía ni dormir ni cenar en su casa.

Y aquí lo de Victor Hugo: «si no és nada halagüeño el acostarse sin cenar, lo es mucho menos el no cenar ni saber donde acostarse.»

La tertulia de la Morena

Han transcurrido dos días, desde que Andresico sorprendió el trozo de papel al pié de la ventana de Antonio.

En todo ese tiempo, Jaleque estuvo vacilando entre ir y no ir á hablar con su novia.

«Ella me llamó con mucha insistencia,—pensaba—luego tal vez podría explicarme á mi satisfacción el caso.»

«Pero nó; me confesó que la carta maldita iba para ella, y que era de un usía!»

«¡Ay qué nudos más grandes se me echan en la garganta, Dios mio!... Antonia estaría en inteligencia con ese amante, ¡con ese amante que yo qui-

siera conocer para apretarle el pescuezo y para beberme hasta la última gota de su sangre!...»

«¿Qué es esto? Tengo celos..... Las mujeres malas no merecen celos, no, no los merecen.»

«¿Y por dónde se me habrán metido á mí en el alma estos celillos, que me están matando?...»

¡Ay, no sabía Jaleque que, como dice el gran Cervantes, «los celos son de cuerpos sutiles y se entran por otros cuerpos sin romperlos, apartarlos ni dividirlos!»

Los negros pensamientos que danzaban en la mente de Andrés, le llevaban abstraído por la calle de la Trinidad arriba, sin dejarle darse cuenta del lugar por donde caminaba

Seguía, pues, cavilando en su situación especialísima, y, á veces, pensaba que debía acercarse á la ventana de su amante, pero otras resolvía no intentarlo. ¡Tanto era su orgullo y su teson era tanto!

A veces una ligereza nos ocasiona el pesar eterno del alma. Esas resoluciones que influyen poderosamente en la vida y en los sentimientos, deben aquilatarse con serenidad, para no adoptar extremos que perjudican gravemente al bien que se persigue.

Jaleque, separándose por manera tan ruda, de la gentil y donosa Antonia, creábase una situación en extremo difícil.

¡La ofuscación de un momento es la primera piedra de un edificio que, al derrumbarse, sepulta, á veces, la tranquilidad de la conciencia y extingue la ventura del alma!

Andrés iba bien embozado en su capa, porque el fresquillo dejábase sentir mucho.

Sin embargo, aquella circunstancia y la de comenzar la obscuridad de la noche, no evitaban que los transeuntes reconocieran á Jaleque, y muchos sacábanle de su abstracción diciéndole: «adios, maestro», «vé con la Virgen, sa-

lao» ó «anda con Dios, manos de oro.»

¡Porque como tocador de guitarra tenía Andrés Rivera una fama en el barrio!...

Siguió andando Jaleque, torció á la izquierda, penetrando en la calle del Carril, siguió luego por la de Arrebola-do y al llegar al comedio de esta, entró en el zaguan obscuro de una casa, llamó al aldabon tres veces y, á poco, penetró en el interior del edificio.

Apenas abrióse la puerta, llegaron á los oidos de Jaleque, los ecos de una guitarra que preludiaba delicadamente un aire de la tierra

—Ave-María—dijo Andrés.

—En gracia... ¡Andresillo! Vienes á buena hora. Anda, cuela de una vez, que jase un frío!..

—¿Quién hay arriba?... preguntó Andrés, con cierto misterio, á la anciana que le había abierto la puerta, y que no era otra que la tía Manuela, madre de la Morena, una trinitaria. ... que ya conocerán mis lectores.

—¿Arriba?... pues está la Cármen y su novio, la carnicera, Manolita .., y tú y yo... ¿Qué te has quedao pensando?...

—Que no tengo yo ganas de fiesta...

—¿Oye, se te ha muerto arguien?... preguntó con sorna la tía Manuela.

—No, que...

—Me parece que baja mi hija. Mírala, eya es.

—Gracias á Dios, hombre. .

—Manuela ... —dijo Andrés adelantándose hacia la Morena, que le atraía sin él darse cuenta.

Manolita era de cútis moreno, ojos y cabello negrísimos, nariz aguileña, boca breve, ornada de labios relativamente abultados, por entre los cuales parecía desprenderse un aliento lujurioso, como las miradas de tan hermosa hembra.

Sin ser gruesa, la Morena tenía bastante abultado el seno, plegado el cuello, llenas las mejillas, redondos los hombros, poco huesudas las manos, anchas

las caderas y, desmintiendo las proporciones de todo el conjunto, asomaban por debajo de la falda unos piés chiquitos, aprisionados en zapatos de bajo escote y sujetos á la torneada pierna por una cinta cruzada, que se destacaba mucho sobre la blancura de la calza de hilo.

La Morena dañaba á los ojos de los demás, cuando miraba por los suyos con aquella fijeza escrutadora, que era peculiar en ella. Parecía que desarrollaba una misteriosa corriente de atracción, á la cual no era dado resistir sin penoso esfuerzo.

Manuela tenía un alma demasiado fuerte: puede decirse que estaba templada en el mismo fuego en que se templan las almas de esos seres, que sobreponen su interés al interés ajeno. Porque la Morena perseguía su propio provecho con el mayor egoísmo; y, en esta ocasión, prendada como estaba de Andrés Rivera y conociendo la predilección que este sentía por aquella An-

tonia, viva y tanjible representación del idealismo en el presente episodio novelesco, no se paraba en obstáculos para apartarle de la pobre muchacha, con tal de que á medida que se separase de esta se aproximase á ella, que soñaba, en impuros sueños, con la posesión de Jaleque.

—Hace dos días que no vienes por aquí, hombre—exclamó Manuela. ¿Qué mala sombra has visto tú en esta casa, para que así huigas de ella tanto?...

Andrés sonrió y dijo:

—Mira, no he venido antes, por que estoy que me pueden ahorcar con un cabeyo.

—¿Y eso?....—preguntó la Morena conteniendo una sonrisa de satisfacción.

—¿Pero nos vamos á quedá junto al porton?.... dijo la tía Manuela, tiritando de frío.

—Si quiere osté irse, ya puede usté hacerlo; contestó la Morena. Y luego,

dirijiéndose á Andrés: habla, hombre, habla y cuéntame tus penas.

—¡Mardita sea hasta la hora en que te eché al mundo!—exclamó la madre entre dientes, y, enseguida, subió las escaleras y se sentó en la meseta.

—Ná, dijo Andrés bajando los ojos. Que lo que tú me habías dicho..... era sierto.

—¿Y qué te había dicho yo, chiquiyo?—interrogó la Morena, como si no recordase.

—Lo de las pretensiones de ese caballero con la Antonia.

—¡Ah, ya! .. Vamos, hombre, puede que nó...—dijo con tono semi-zumbon la trinitaria.

—¿Qué dices?...—exclamó Andrés, como vislumbrando un rayo de esperanza. Yo tambien lo he pensao eso, Manuela. ¡Ay, si fuera mentira y yo me hubiere separao de eya de ese modo!...

—¡a, ja, ja...! Pero, Andrés;—dijo Manuela tornándose lívido su semblan-

te.—¿Es posible que todavía creas? . .
¡Vamos, los hombres merecían algunas
veses... lo que yo me sé!...

—Pero.....

—¡Cáyate, cáyate!... Por supuesto
la culpa tengo yo.. ¿Quién me mete á
mí á quitarte la venda? ¡Que corteja un
usía á esa agüita mansa!... Pues yo de-
bo ponerme un serrojo en la boca. Que
me entero de esto ó de lo otro... ¡Son-
soniche!...

—No, Manuela, si yo te agradezco ..
¡Pero tû no sabes el daño que me ha-
cen á mi todas estas cosas!...

La Morena rechinó los dientes, bro-
tó un relámpago de sus ojos y, ense-
guida, por medio de una transición que
acreditaría á cualquier cómico, se echó
á reir de esta manera:

—Ja, ja... ¡Te pones tan tierno que
hay que reirse!... ¡Mira que querer á la
Antonia como tú la quieres!.. Ná, no
me digas ná, ya te se conose.

En esto el novio de Càrmen, uno de

los concurrentes à la tertulia de la Morena, gritó desde arriba:

¿Pero, han secuestrao á Manolita? ¿Se ha caído en el poso esa prenda de carne y güeso?...

—Ya, ya, Sarmiento. Estoy preparando al tocaor para que suba un poquito.

—Pues en diciendo tocaor,—dijo el otro bajando, ya se sabe que es Jaleque. ¿ube ya, por la Virgen; que mira, que yo le he estao dando un dijusto á la guitarra. Pero... no veo; está esto ya como boca de lobo.

- Madre - dijo en voz alta Manuela.

—¿Qué te pasa?— respondió la vieja desde la escalera.

—Encienda osté el farol.

—Buenas noches; dijo Jaleque, y subió precediendo á Sarmiento y á la Morena.

Antonia

Retrocedamos al comienzo de esta pobre novela.

Antonia era *un angelito*, como decirse suele; Antonia, cuando estrenaba una saya ó una pañoleta de poco precio, parecía que llevaba encima las galas de la corregidora.

¡Y eso que la señora de don Justo Martínez M. de Baños, (que era el Corregidor de Málaga en la época en que tuvieron lugar estas escenas) cuentan que lucía los mejores trajes y joyas que venían á esta famosa ciudad.

Amaba Antoñita con locura á Andrés, y había tenido relaciones con este te cincuenta y tantos días, según la



cuenta. Jamás faltó á su fê jurada, ni le halagaron galanteos de otros hombres que estaban constantemente cortejándola.

Sabía Antonia que Jaleque era pobre, pues su única fortuna consistía en su ciencia de guitarrista; pero no por eso dejaba de amar á aquel hombre, con toda la intensidad de que son capaces las almas meridionales.

Sin embargo, el amor no se revelaba en el corazon de Antoñica como torrente desbordado, si no como serena y poética corriente.

Hubiera dado su existencia por Andrés, pero no la hubiera ofrecido por medio de arranques extraordinarios. Hubiera acometido su empresa tranquilamente, como quien realiza un deber de conciencia, entendiendo que su proceder no merece otra forma de manifestación.

¡Triste, muy triste, estaba el cielo para la ¡gentil Antonia!

No volvía Jaleque, no podía conven-

cerle de su inocencia, y este pesar le acibaraba el alma.

Creyó, en un principio, que Andrés tornaría á su ventana, á aquella ventanita en que tantas promesas de amor había podido escuchar. Pero cuando trascurrieron horas y dias sin que la anhelada vuelta se realizase, Antonia engendró una suprema tristeza, y lloró á cada instante; sin poder reprimir los torrentes de lágrimas que se desbordaban por sus ojos.

Una mujer pura, llorando los desengaños de su amor, es la suma expresion de los sentimientos más tiernos del alma.

Dumas dijo que «el mar no es el mar si no por que se traga todas las gotas de todos los ríos. Yo por mí—decía—quisiera beberme todas las lágrimas de todas las mujeres, para poder sentir la embriaguez y el orgullo del Océano.»

Ya habrán comprendido mis ilustrados lectores, que Antonia era el triste objeto de la incipiente satiriásis de

la tía Jacinta, mediadora enredosa y descocada, como todas las de su jaez.

Cierto fué que Antonia recibió la carta de don Hermógenes, de la cual halló Jaleque un trozo al pié de la ventana. Pero no era menos cierto que la Jacinta se la entregó á la hija del herrero, una tarde en que ésta se hallaba sentada sobre el poyete de la ventana, diciéndole:

Toma, pedasito de gloria; esta carta me la ha dado para tí la persona que más te quiere.

Y de seguida se apartó de allí la vieja, temerosa sin duda de alguna represalia.

Antonia, que procedía en todo con la sencillez de la doncella que ignora las impurezas del mundo, tomó el pliego creyéndolo de su novio, y cuando se convenció de lo contrario hizo pedazos la misiva y la arrojó á la calle.

Unamos nosotros la mitad que recojió Jaleque, con la otra parte que arrasó el viento y leamos:

«¡Si á mí me ha sido dado ver
de noche el sol cuando te ví!
Desde entonces, preciosa niña,
tengo clavada a una zarza en
el corazón. ¿Y quién si no tú
cruel hermosa, podrá restañar
la sangre de mis heridas?»

En tu mano está tu porvenir,
dame tu vida incomparable!»

Clara se demuestra la intención de don Hermógenes: pretendía comprar, con el anuncio de futuras dádivas, una honra que no tenía precio.

¿Y cómo supo la Morena que Torrubia requería de amores á la hija del herrero?...

La casualidad, ese poderoso agente de algunos hechos, reveló á Manuela el secreto, en hora fatal para Antonia y para Andresico.

Cierta tarde don Hermógenes se hallaba en lugar inmediato á la casa de Runcales, en compañía de la repulsiva mediadora. ¿Para qué? Para señalar el

viejo sátiro á la tratante el lugar de su acechanza.

Como don Hermógenes tenía la vista algo escasa, no notó que la Morena pasaba junto á él y le oía decir con su voz reposada.

—Allí es; en aquella ventana la ví.

—Entonces es la misma que yo me tenía tragada;—dijo la tía Jacinta.

—¿Y creés tú que?...

—¡Ay don Hermógenes, que no parece vuestra merced sino un niño de cuna! Todo lo ablanda el dinero.

La Morena, obedeciendo á aquel instinto que desmentía en ella la bondad del alma de la mujer, paróse á corta distancia para observarlo y aprenderlo todo. Y así que satisfizo su deseo alejóse de aquel sitio, con paso precipitado, ganosa de que el hombre que la desdeñaba oyera, de sus labios, la revelación de las pretensiones del viejo.

¡Por supuesto, que la Morena agregó detalles á su gusto, para lograr el apetecido efecto!

.....

Hemos dejado á Jaleque en casa de la Morena; dejemos tambien á la pobre Antonia en la suya, y enterémonos de otros acontecimientos.

La Rebellion

67-14

Era el día 24 de Enero del año 1810. Muy de madrugada llegaron á Málaga nuevas que sembraron la consternación en todos los ánimos.

Según las noticias que trajo una silla de posta, los franceses habian pasado los desfiladeros de Sierra Morena, dirigiéndose á Málaga capitaneados por el general Mr. Horace Sebastiani.

Con extraordinaria rapidez cundió la noticia por la ciudad y sus arrabales, exaltándose los ánimos á tal punto, que todos los vecinos dejaron sus casas y formaron corrillos en distintos sitios de la ciudad.

Al propio tiempo reuniéronse en la

casa de la ciudad cuantos individuos formaban la Junta de defensa, nombrada anteriormente, comentándose con calor el peligro y cambiándose opiniones á cual más distintas.

La plaza de las cuatro calles, se hallaba literalmente llena á las nueve de la mañana, esperando el pueblo con impaciencia la resolución de la Junta.

Media hora despues, surgía como por encanto, de entre la multitud, la alta figura del coronel don Vicente Abelló, gritando con la mayor energía:

—¡Mujercillas, cochinos, traidores, viles, canallas!

Todo esto, dirijiéndose al edificio capitular.

Inmenso corro se formó al lado del militar. que continuó diciendo:

—«¡Patriotas: ya lo sabéis; la Junta acaba de acordar ¡habrá sinvergüenzas! que nos entreguemos como gallinas á los franceses...

Una oleada de indignación respondió á esta noticia.

—¡Quieren que nos dejemos gobernar por esos canallas!.... Pero no, el pueblo invicto, el pueblo noble de Málaga no permitirá que sobre su historia caiga la horrible mancha de la cobardía... No; lo están diciendo vuestros semblantes contraídos por la indignación, vuestras manos crispadas, todo... todo.. lo que en vosotros es capaz de manifestar el sentimiento de dignidad que forma vuestra fama.

—¡Sí, sí; gritaron á coro las masas, roncadas de ira!

—¡Mueran los franceses!—exclamó Abelló en un impulso de entusiasmo.

—¡Mueran! ..—gritó el pueblo con eco ensordecedor.

En este instante, abrióse el balcon central de la ciudad y apareció en él don Luís de Molina, regidor que merecía el general aprecio.

—Callad, callad; dijeron todos, imponiéndose silencio mutuamente.

—¡Va á hablar!

—«Malagueños: —gritó el regidor.

Cuando el ardor patriótico ofusca la razón, cuando en la borrasca ha de decidir la serenidad del ánimo la salvación del náufrago, es preciso ejercitar esa preciosa facultad del hombre, para que su ofuscación no siembre la desdicha de mañana...»

Don Luis tenía poca voz, y aunque hubiese tenido mucha, no le hubiera sido fácil hacerse oír de todos, en un espacio relativamente grande.

Empero los oyentes próximos á las Casas Capitulares, entendieron el giro del discurso y empezaron á protestar enérgicamente.

—¡Nunca! ¡Voto al dianche!—gritaba Abelló, moviendo los brazos como si fueran aspas de un molino de viento. ¡Eso es lo que quieren! ¡Nada de componendas ¡abajo la Junta!..

—¡Abajo!—gritaron los hombres que figuraban cerca del coronel.

—¡Abajo!—repetieron los más distantes, sin saber por qué decían aquella palabra.

Entonces don Luis de Molina se retiró del balcon y exclamó, ya dentro de la sala:

—¡Imbéciles!.. ¡Imbéciles! ..

El canónigo de la basílica malagueña, señor Jimenez, apareció tambien, á punto, por la calle de Santa María

—¡Viva nuestra independeneia!.....— gritó con frenesí.

Y un «viva» enérgico, pronunciado con *toda la boca*, como suele decirse, brotó de los grupos.

Tambien el padre Jimenez incitó al pueblo á la rebelion.

— ¡Hijos míos! — dijo aparentando evangélica uncion.—Es preciso combatir á los enemigos de nuestra religion, de nuestra independencia y de nuestra vida...

Todo ello, expresado sin perder el resabio del púlpito; esto es, dirijiendo al cielo los ojos y colocando la mano extendida sobre el pecho.

En suma, que la Junta de defensa fué depuesta en aquel mismo instante,

por voluntad del pueblo, que es el verdadero soberano.

Apenas terminó su homilia el padre Jimenez, cuando adelantándose de entre el corro un joven lampiño, flaco y alto, Joseph Torrubia, abrazó estrechamente al arrojado canónigo y le dijo, ardiendo en llamas de entusiasmo:

—¡Padre, bien por vuestra merced. Yo quiero ir á pelear contra los franceses...., yo quiero tambien defender á Málaga. ¡Mueran!...

Y es que el entusiasmo patriótico pone á los hombres, en momentos dados, con la apariencia de los locos.

¡Bendita embriaguez, que disculpa los actos de barbárie que suele inspirar á veces!

Preparativos

A las cuatro de la tarde del día 25 de Enero, reuniéronse en la Casa Consistorial, don Vicente Abelló, el padre Jiménez y el escribano de número San Millan, agitador que había comenzado desde aquel mismo día, los manejos acomodados á las circunstancias. También se personaron en el edificio público, don Ruperto Tostana, (héroe por fuerza) y don Felipe de Uriga, exaltado patriota que trabajaba como oficial mayor en la escribanía de San Millan

Sentados se hallaban en sendos taburetes, colocados dentro de una espaciosa antesala, en la cual ardía un brasero que prestaba dulce calor al ambiente.

El padre Jimenez penetró el último en la estancia, quedando por la parte de fuera el jóven Torrubia, que no abandonaba ni un momento al cabecilla.

—¿Qué es esto?—dijo mostrando extrañeza el coronel.

—¡Dios sea loado!—exclamó el canónigo, á quien no conocieron por de pronto, á causa de su disfraz.

¡Era de ver á aquel rapado sacerdote, trocado su vestido talar por un completo y flamante traje de general de ejército!

—¡Por vida de los dianches!...—rugió Abelló, echando chispas por los ojos. ¿Qué empleo es el de vuesarce?...

—¡Virgen Santa de los Reyes!... exclamó el escribano, acercándose á los ojos los lentes de mano. ¡Pues si es el reverendo padre...!

—¡El general!—dijo este con afectación.

—¡Qué general ni qué dianche!—gritó Abelló. ¿General á fuerza de vísperas y maitines?...

—Señores;—habló el canónigo. No son las circunstancias actuales propicias para extraviarse en discusiones, que á nada conducen. O se me reconoce el empleo, ó...

—¿O qué?—preguntó, ya sin poder contenerse, el coronel.

—O predico la mansedumbre y la calma; respondió con viveza, si bien bajando al suelo los ojos, el padre Jimenez.

—No os oirán, no os oirán, clérigo renegado.

—Esto lo arreglo yo;—habló por lo bajo el escribano. Y echando mano de la verbosidad, tan común en los curiales cuando desean avenir á las partes, dijo, razonó, comentó... hasta que logró calmar á don]Vicente ¡que no era poco! «Por último, señores; añadió San Millan —Venimos aquí á acordar un medio que acabe con la división que existe en las opiniones de los malagueños ¡y comenzamos á dividirnos nosotros! ..»

— ¡Pero un general así!...

— ¡Con tal de que sepa serlo...!—añadió el escribano.

—Con el favor de Dios—dijo el manso sacerdote—me prometo que vuesa-rcedes no tendrán motivo de arrepentirse...

—Bueno, al grano;—habló brusca-mente el coronel.

—Pues sucede,—expresó el escriba-no—que los ánimos no están todavía lo suficientemente decididos que fuera de desear.

— ¡Rayos del infierno!—interrumpió don Vicente. ¡Pues que se cuelgue á los cobardes! ¡Voto al dianche!

— ¡Si la causa de nuestra indepen-dencia así lo exige!...—dijo con su habi-tual sangre fría el general improvisado.

—Nada, hoy mismo, ahora—exclamó Abelló fuera de sí. ¡Una horca, una horca!... ¡Venga una horca!... ¡Voto al mismísimo dianche!

—¿Pero cómo, dónde?—preguntó el escribano.

—Ahí mismo, en la plaza. ¡Y al cobarde ó traidor, el suplicio, la muerte! ¡Voto al dianche! Eh, mozos, alguaciles... ¿No hay nadie?... ¿Nadie que sirva á la causa de la independendencia nacional?... ¿Nadieeee? ..—gritó el coronel con toda la fuerza de sus pulmones.

Entonces se abrió la puerta y penetró Joseph Torrubia, todo corrido al verse delante de aquellos señores.

—¡El comediante!—exclamó don Ruperto Tostana, que hasta entonces no había despegado los labios, por que con ninguna de aquellas locuras estaba conforme.

—¿Cómo, eres tú?...—preguntó don Vicente al lampiño.

—Si, señor militar, yo soy, que quiero servir á mi pátria hasta derramar la última gota de mi sangre.

—¡Bravo es el muchacho!—dijo San Millan.

—Dios te haga un santo;—habló el canónigo, bendiciendo á Joseph, sin acordarse de que era general.

Total, que el zangon de Torrubia fué encargado de buscar quien armase el patíbulo en el centro de la plaza, como muda amenaza contra los traidores y como feroz estímulo para los pusilánimes.

Algunas horas despues, inaugurábase el horrendo espectáculo de la horca.

¡Aquellos maderos levantados en alto, con su traviesa en los extremos superiores y con la maroma pendiente del centro, prestaban detalle pavoroso, que infundía sombras en el ánimo y torturaba el corazon de las gentes!

Intrigas

Sabia la Morena que Antonia no la miraba con calma, y por eso ansiaba dar á entender á la hija de Runcales, que Jaleque había dejado de amar á esta, para dedicarle à ella por entero su cariño.

No era así, por cierto, pero Manuela creía que sus planes ganaban terreno, y la esperanza de una pronta victoria le halagaba á tal extremo, que solo con su anuncio pretendía torcer el corazón de la angelical Antonia.

A Manuela le sobraba teson para poner en práctica cualquier idea que ardiera en su cerebro, por complicada y arriesgada que esta fuese.

Así pues, pensó que la pobre mucha-

cha del herrero debía saber que Andrés la había rechazado por su causa, y al instante estudió el medio.

«¿Cómo lo lograré?—se dijo. Ya sé: buscando á la tía Jacinta y encomendándole este encargo, se consigue todo pronto y bien.»

Llamó, pues, á la maldita vieja, y preparándola al efecto, con arte de rufiana, la detuvo Manuela en su habitación hasta esperar la llegada de Jaleque.

Conviene advertir que el trabajo de *soplonería* fué previamente valuado en un doblon sencillo.

Dice Lord Byron, que los hombres, generalmente aman de prisa. però detestan siempre con gran calma. Y es verdad; por eso la Morena veía que difícilmente podía infundir arranques de desprecio hacia Antonia, en el corazón de Jaleque.

¡Y cuidado que Andrés amó de prisa á la hija de Runcales! Todo fué hablarla una vez en una fiesta, y á los dos ó tres días ya había amado lo que

aman generalmente las mujeres en tres años.

Pero... sigamos el hilo del cuento á punto en que Jaleque entra en la casa de Manuela.

Ea; ya está aquí el mocito. Pero... á éste le pasa lo mismo que á Antonia; que su fisonomía tiene marcado rasgo de tristeza, y que la palidez ha bañado su rostro por entero.

Cuando Andrés penetró en la estancia, fijó su vista en la vieja, de la cual había oído hablar en otra ocasión, y frunciendo el entrecejo, miró durante un breve rato, alternativamente, á Manuela y á la tía Jacinta.

—Siéntate Andrés—dijo la Morena.—Esta ancianita es una infeliz que viene pidiendo para una misa de las benditas ánimas. ¿Verdad?—preguntó con tono significativo á la vieja.

—Ay, sí, señor caballero: yo soy una pobre viuda que perdí mi bien hace un lustro no cumplido. ¡Las buenas almas

me ayuden á los sufragios de mi pobre Agustín!...

—Vaya, buena vieja;—dijo Andrés sacando de un bolsillo de mallas un real de á ocho.

—Que el Señor se lo premie en la gloria, amen.

Y tomando la moneda Jacinta, santiguóse con ella y la guardó en el seno descarnado.

—¿Qué es eso?... ¿Qué te pasa?...—preguntó la Morena á Andrés, fijándose en su pálido rostro.

—Ná;—contestó Jaleque.

—Lo de siempre: ná. Así sea.

—¿Padece algún mal vuestra merced?—interrogó Jacinta con voz melosa —Pues mire usted, devoto; yo tengo aquí (golpeándose en la frente) una de fórmulas, que ni don Ruperto Tostana. ¿Qué mal es el suyo?...

—Mal de amores;—contestó con sorna la Morena.

—¡Manuela!...—dijo Andrés, por no saber qué otra cosa decir.

—¡Uy, uy!... Pues si su mercé no tiene el corazón de roca, mal bicho es ese.

— ¡Y la prenda de su amor, lo merece!—dijo Manuela.

— ¡Pero mujer!...— exclamó Jaleque.

—Vaya, no sufras, angelito calzaos.
¡Ja, ja, ja! ..

—Mira, Manuela; habló Andrés poniéndose sério. Ni yo estoy enamorado, ni tengo pena, ni á mí se me dá ná de ná. ¿Lo oyes?...

—Sigue, hombre, que eso me gusta.

—Sí, eche pecho su mercé, que en las guerras del amor, el que tiene flaqueza queda en tierra.

—¿Sabes que habla la Jacinta como un usía?

—¡Hidalgo fué mi abuelo, y de los añejos!... Pero.. ¿se puede saber, si no parece atrevimiento, á qué moza le tiene dada el alma tan dulce galancico?...

—Abuela, curioseando se peca, y pecando se vá á las llamas de los profundos. ¡Con que... chiton, y á otra.

—Perdone su mercé, pero...

—Sí, perdónala, Andrés. Esta buena vieja lo preguntaba sin malicia.

De este modo habilidoso fué Manuela Godinez encaminando el diálogo, hasta hacer decir á la hipócrita Jacinta, cuanto le había encargado, respecto á los amores de Antonia con un caballero.

Y, por de pronto, consiguió Manuela lo que se proponía: las dudas que había hecho germinar en la mente de Andrés, tomaron cuerpo y empezaron á ofuscarle la imaginación, como espesa niebla que logra encubrir por entero los objetos.

—¡Esa mujer acabará por volverme loco!

¡Yo que la creí tan buena!... ¡Yo que la quería tanto!... ¡Mardita sea mi estreyal!...

—¡Y la quieres todavía!

—Déjame, Manuela; déjame, ¡Soy el hombre más desgraciao del mundo!...

Y sin poder contener los sollozos, Ja-

leque apoyó la frente en su mano izquierda, convulsamente cerrada, colocando el codo sobre la mesa de cañoba que daba típico carácter á la estancia de la Morena.

¡A defenderse!

¡Pues no era nada lo del ojo! Una silla de postas había traído el notición de que los franceses se dirijían á Málaga, habiendo salido de Loja en la tarde anterior.

Espiraba el día 2 de Febrero del año 1810, cuando se recibieron estos datos en la ciudad malacitana.

El primero que obtuvo la noticia fué el padre Jimenez, que á la sazón se hallaba en las Casas Capitulares, cuando llegó á ella el fatigado portador del mensaje.

Joseph Torrubia fué el encargado de hacer correr la noticia, ó, mejor dicho, de disponer todo lo necesario para su propagación.

No hay duda de que el sobrino de don Hermógenes era un muchacho listo.

Tal efecto produjo al jóven Torrubia la noticia de la llegada de los invasores, que su sistema nervioso se alteró extraordinariamente, y solo pudo calmarse un tanto, subiendo y bajando, yendo á dar aviso á algunos miembros de la Junta, escribiendo pliegos y recibiendo órdenes...

¡Estaba como loco!... A tal punto, que cuando se presentó el pregonero en la casa del Concejo, para aprender su pregon, Joseph se le quedó mirando con los ojos desencajados y le dijo, recordando un trozo de *El Alcalde de Zalamea*:

«Hola, echa un bando, tambor, que al cuerpo de guardia vayan los soldados cuantos son, y que no salga ninguno, pena de muerte, en todo hoy.»

Y así diciendo salióse á la plaza, que ya estaba de bote en bote.

Poco á poco fueron llegando los individuos de la célebre Junta, cuyos señores tomaron asiento en el salon de cabildos, profusamente iluminado á aquellas horas.

Poco despues de recibida la alarman-te nueva, presentáronse en la Casa Consistorial el coronel Abelló y el médico don Ruperto.

Los alguaciles, guardias, mayordomos y criados, no eran bastantes á contener la multitud, que pretendía tomar por asalto el salon de sesiones, para presenciar el cabildo que había de celebrarse.

Y, con efecto, la muchedumbre arrolló los obstáculos é invadió la estancia, no sin protesta por parte de Tostana, que creía debían tomarse los acuerdos en secreto.

—Dejadlos, dejadlos; decía Abelló agitando los brazos y poniéndosele rojo el semblante. Que lo vean, que lo oigan todo. ¡Voto á...!

Pero sucedió que la mayor parte de

la gente se quedó en los pasillos y en las escaleras, porque el salón, aunque bastante capaz, no era suficiente para tantos curiosos.

En esta asamblea se acordó, á propuesta de Abelló, (que se impuso por su vehemente palabra y por sus exclamaciones enérgicas), que él mismo saliese, por la madrugada, en unión de varias compañías de voluntarios.

—Yo les enseñaré educación y estrategia á esos gabachos del dianche. ¡Voto al infierno! Conozco el camino de Antequera á Málaga, como las palmas de mis manos: aquí, un repecho; allá, una loma; acullá, la venta; más arriba los molinos, y en las cercanías de la ciudad, la *Boca del Asno*.

—¿Y qué boca es esa?—preguntó don Ruperto.

—Pues la cuna de dos montañas; una especie de estrecho, un callejon de montes. ¡Oh! la ciencia militar me dice que aquel es el sitio *ad hoc* para esperar á esos caballeros.

—Pero hay que tener en cuenta—dijo el padre Jimenez aparentando la misma unción de siempre, que los patriotas carecen de armamento.

—¡El infierno me traguel!... ¿Pues no se sacaron ayer cien arcabuces de la bodega de este edificio?...

—Bien pero...

—Que... que... se pu... pu... blique un bando... (dijo Uriga el tartamudo.)

—Para que todos los vecinos entreguen las armas que tengan, ¿no es eso? preguntó San Millan á su oficial mayor, para abreviar.

—Por mi parte, vayan aunque sea á los profundos infiernos;—contestó don Vicente.—¡Con tal de que traigan cañones, escopetas, navajas, trabucos, espadas ó palos, me contento!

—¿Sabéis que los presidiarios desean salir del penal?...—preguntó con su tono dulzon el canónigo.

—¡Naturalmente! ¡Voto al dianche!

—Pero nó para evadirse, añadió el

general improvisado; sino para ayudarnos en la defensa.

—¡Hum!—murmuró Abelló haciendo un gesto significativo.—Créalos su paternidad, porque yo . . . *nequa quam*, como dicen ustedes los latinos.

—El pueblo se alborota; exclamó don Ruperto.

—¡Cómo bullen esos dianches en la plaza! Nada, vamos allá, preparémoslo todo ¿eh? Ya sabéis, á la media noche en marcha.

—¡Y que hará un fresco por esos caminos de Dios! —dijo Tostana

—¡Hará lo que haga! ¡Qué dianchel... —gritó el coronel ¡Andando, á buscar armas, á defenderse!...

Y salió de la casa del pueblo, hablando con cuantos patriotas se encontraba al paso, y moviendo los brazos, como si hubiera perdido la razón.

El fuego y la estopa

¶ Cuando una mujer vé al hombre que quiere dedicado á otra; cuando advierte que el objeto adorado no para mientes en aquel cariño que ella le dedica y que, por el contrario, solo vive, solo sueña para otro amor, es inevitable el arrebató.

La campaña de Manolita Godinez, para atraer á Jaleque, ora dándole á entender que lo adoraba, ya procurando hacerle olvidar á Antonia, no producía resultados de ningún género.

Sabiendo la Morena que, como dice Lesage, en *Gil Blas de Santillana*, «el interés sabe hacer transformaciones tan bien como el amor», había intentado atraer, por medio de ofrecimientos

de riquezas para el porvenir, al sensible rondeño, que guardaba en su alma un cariño inextinguible hácia la hija de Runcales.

«Mira; le habia dicho Manuela. Yo espero que con el tiempo he de ser rica » «¿Sí?» le preguntó Andrés, pero sin fijar mucho la atención en la noticia. Y entonces la Morena, creyendo que á Jaleque le halagaba el cuento, le dijo que estaba empeñada su madre, como litigante pobre, en un pleito de mayor cuantía, que por aquel entonces estaba apelado para ante la Real Chancillería de Granada. Le contó las seguridades que habia dado el letrado, á su madre, del éxito en su favor y finalizó diciendo: «no quisiera yo más, cuando llegara esa época de mi riqueza, que tener alguna persona que me quisiera, para compartir con ella mi fortuna y mi cariño »

Pero Jaleque no recogió la indirecta, pues aunque notaba la predilección de Manuela, no sospechaba que

ella pretendiera atraerle con dádivas.

A cada desden inusitado de Andrés, crecía más y más el empeño de la Morena, cuyo amor propio, al par que su corazón, se había interesado en la empresa.

La noche en que se dispuso la salida de los guerrilleros, para encontrar al ejército invasor, Jaleque se hallaba en casa de la Morena—como era su costumbre.

Rasgueaba la guitarra el rondeño, con su habitual maestría, y Manuela cantaba la copla siguiente:

«Dueño mío, dueño mío,
dime lo que te ha pasao;
cada suspiriyo tuyo
me arranca el alma á peazos.»

Jaleque cantó, entonces, melancólicamente, como cantan en Andalucía sus penas los que saben expresarlas al compás del clásico instrumento:

«¿Quién eres para que yo
te cuente á tí lo que siento?
Tan solo una peronita
pudiera darme consuelo.»

La Morena, interiormente exasperada, pero sin perder su serenidad, respondió lo siguiente:

«Nadie se armire ni espante
de los troncos ni las ramas,
que puede un árbol inútil
dar un fruto de importancia.»

Y aquí terminó el concierto, por que Andrés, aflojando las clavijas de la guitarra, para evitar que las cuerdas se rompiesen, levantóse de su sitio y colocó el instrumento sobre una silla.

El velon, con su luz titilante, alumbraba de lleno la faz de la Morena, reverberando en los grandes negros ojos de la trinitaria.

Vestía ésta una basquiña de cúbica, color hoja seca; sobre los hombros lucía una pañoleta de talle, de merino azul, bajo la cual asomaban los brazos cubiertos por mangas de bocací, que partían del corpiño.

El peinado, al estilo de la época, hacía caer sobre las sienas de Manolita ligeras cocas negras, y algún que otro

rizo sobre la frente. Una peina de concha prestaba clásico adorno al rodete.

La Morena estaba incitante. En sus mejillas descubriáanse dos pinceladas de carmin, debidas á la naturaleza y no al afeitte.

El seno de la Morena, movíase con cierta irregularidad, á impulsos del deseo que ardía en su fondo, y los labios rojos y frescos de aquella deidad andaluza, hubieran incitado á un hermitaño, de los que, por aquel entonces, vivían en el Cerro de Cabellos.

Jaleque, que estaba sentado á espaldas de la luz, fijóse aquella noche en la Morena más que otras veces; pues acontece con frecuencia, que aquello que hemos estado mirando constantemente, en un momento nos descubre atractivos ó detalles que no comprendimos en las veces anteriores.

Como las mujeres notan el menor síntoma de inclinación hacia ellas, Manolita Godínez púsose alegre, pues advirtió que Andrés clavaba en ella los

ojos con no se qué misterioso ahinco.

— ¡Eso era lo que ella quería, que el rendeño se pusiese al alcance de su táctica: lo demás quedaba de su cuenta!

Pensó en aquel momento, la Morena, en que su plan podía tener el buen fin que ella ambicionaba, y cruzó por su mente la idea halagadora de humillar á Antoñica. Por que Manuela, cuando preveía un éxito iba tan allà, con su imaginación vehemente, que todo llegaba á verlo ya como realidad tangible.

«¡Por fin!» — decía ella *in mente*, refiriéndose á la predisposición que aquella noche creyó descubrir en Andrés.

Enseguida trabó con él una conversación ingeniosísima, en la cual se valió de la coquetería, (arma poderosa para la mujer en las batallas del amor) consiguiendo poco á poco que el hombre que hasta entonces solo la había tratado como confidente de sus sentimientos, le hablase en un tono que patentizaba la existencia de deseos,

antes dormidos, ó, mejor dicho, no inspirados hasta entonces.

Con efecto, Andrés sintió en su corazón una sacudida por todo extremo misteriosa; la belleza de Manuela llamó aquella noche con insistencia en su instinto de hombre, y la materia halagada por el perfume de la carne, jugó papel importante en la escena.

Hé aquí confirmada la certeza del peligro que anuncia el adagio, cuando habla del fuego junto á la estopa.

¿Y cómo podía caber en el alma de Jaleque, por aquel entonces, un sentimiento de amor hacia otra mujer, cuando aún hervía en su corazón el cariño que le inspiró la hija del herrero?...

¿Será tan pródigo el corazón del hombre, que podrá repartirse entre diferentes mujeres?...

Téngase en cuenta, que en todo amor existe un componente espiritual y una mitad material ó impura; por que tan inherente es al sér humano la inclinación del alma, como la de los sentidos.

Andrés tenía totalmente ocupada su alma con el cariño puro, ideal, que le inspiraba la hija del herrero, ser espiritual capaz de desarrollar solamente un sentimiento divino en el corazón de su amante.

Así, pues, el instinto material buscaba su complemento y lo halló en la Morena.

Un puñado de valientes

Poco despues de las once de la noche, del 2 de Febrero, partió con dirección al camino de Antequera, el improvisado ejército, á cuyo frente marchaban el señor Abelló, el padre Jimenez y el celebrado fraile capuchino.

Innumerables hachas de viento, ondulante la roja cimera en el espacio, prestaban fantástico aspecto á aquel puñado de hombres temerarios que, impulsados por el heroismo, se dirigian á poner frágil valla al ímpetu extraordinario de un ejército numeroso.

Arcabuces, trabucos, palos, espionchas, una bombardá arrastrada desde el añoso Gibralfaro, eran todo el arma-

mento de aquellos arrojados hombres, entre los cuales contábase á Jaleque, reclutado por Sarmiento.

Al cabo de diez y seis horas de marcha militar, llegaron los malagueños al desfiladero donde debían mostrar su hostilidad á los franceses.

Lo primero que hizo el coronel Abelló fué arengar á los muchachos. ¡Y qué de cosas dijo, todas en tono vehemente, y ahuecando la voz para ser oído!

¡Ni Julio César, antes de emprender la famosa batalla de Munda!...

Luego que hubo terminado Abelló su discurso, lleno de pésies y dianches, anduvo de acá para allá, por entre su gente (siendo de advertir que habíase apeado del caballo, por que las condiciones del terreno no eran las más apropiado para cabalgar) y fijándose en algunos individuos los cogió por un hombro y los apartó diciendo:

—Tú, y tú, y tú tambien. ¿Sois valientes?

—Mi coronel;—dijo Sarmiento, que

era uno de los elejidos. De valiente me precio

—Bien dicho, muchacho. Pues se trata de que los ocho (por que había escojido este número) salgáis inmediatamente, camino adelante, con las precauciones debidas. Sois escuchas ¿lo entendeis? escuchas. ¡Y al que falte á su deber, *pum*, lo fusilo! ¡Voto al dianche! Andando pues. ¡Ya verán esos gabachos!...

El terreno formaba una entrada relativamente estrecha, ofreciendo los accidentes fáciles parapetos. Sin embargo, el aguerrido coronel llamó enseguida á varios hombres que blandían espiochas, é improvisó el cuerpo de ingenieros más original que puede imaginarse.

Y, en tanto, era tal el aire que soplaba por aquel desfiladero, que hacía volar los sombreros de todos y ensordecía con su incesante ruido. Por esta causa, Abelló duplicaba sus gritos para hacerse entender bien.

Construidas las trincheras, unas en forma de zanja, otras constituidas por un improvisado muro de grandes piedras, Abelló y el fraile capuchino comenzaron á guarecer en tales defensas á los guerrilleros que tenían armas de fuego.

También fueron colocados en breves mesetas, formadas en las faldas de los montes, algunos pequeños inútiles cañones que los malagueños hubieron de arrastrar hasta la *Boca del Asno*.

Era de ver á don Vicente Abelló disponiéndolo y reconociéndolo todo. Su minuciosidad no tenía límites. Parecía una ardilla, yendo de izquierda á derecha, de atrás al frente, de lo alto á lo bajo.

Y á cada instante redoblaba sus recomendaciones, para ver de infundir ánimo en sus inferiores.

La verdad era que Abelló tenía el corazón de un valiente, y que si procedía con inoportunidad, lo era, engañado por aquel entusiasmo que le animó desde un principio.

¡Lástima que la bizzarria del coronel no corriese parejas con su talento!...

Llevados á cabo todos los preparativos de la lucha, don Vicente ardía en deseos de que el enemigo se presentase.

¡Y cuidado que tardaban los malditos franceses! ¡Si por allí no se veía uno para un remedio!

Pasaron dos horas de enervadora calma, en cuyo tiempo se exasperó el coronel, temiendo que en los guerrilleros decayese el entusiasmo, al tener tiempo disponible para reflexionar en el peligro de la empresa.

Pero no había más remedio que esperar al enemigo en aquel estrecho, pues adelantarse hubiera sido poco táctico.

—¡Hola!—gritó de pronto el coronel. Cuatro valientes, salgan en busca de los escuchas.

Adelantáronse más de cuatro y Abelló gritó de nuevo:

—¡Cuatro, he dicho ¡Voto al dianche!

Y, con efecto, partieron cuatro y los demás replegarónse á sus respectivos sitios.

¡Ay, si los malagueños hubiesen tenido organización!

¡Ay, si hubieran llevado al camino de Antequera mayor número de hombres, y mejor pertrechados de lo que iban estos!..

Pero las cosas, por fatal destino, ocurrieron así, y así hubo que aceptarlas.

Poco despues de haber salido los cuatro individuos en busca de los escuchas, volvieron en union de estos, demostrando en sus semblantes una estupefacción que fácilmente hubiera podido confundirse con el miedo.

Corrían desesperadamente y treparon al lugar en que Abelló se encontraba, pálidos, aunque no sin habla.

Sarmiento, que tenía más presencia de ánimo que los demás, dijo cuadrándose militarmente:

—Mi coronel: los hemos visto..., son muchos, según puede descubrirse á lo

tejos..., vienen á marcha forzada y quizás no tarden ni media hora.

—¡Media hora todavía!...—rugió don Vicente.—¡Canallas! ¡Infames!—agregó enardecido por la proximidad de la pelea. ¡Vamos á probar á la Francia, hijos míos, que España no consiente el ominoso yugo extranjero!... Se acerca la hora.... ¡Demostremos á la pátria que sus hijos no la abandonan, que la defienden, que la salvan, que... que saben morir por ella!

—Hermanos míos;—exclamó el fraile dirijiéndose á los que tenía más cerca, no sin que en su voz de trueno se notara alguna vacilación.—Por esta cruz—añadió mostrando en alto el crucifijo que llevaba colgado del pecho—yo os conjuro a que cúmplais como valientes ...

Trascurrido un breve rato, Abelló gritó fuera de sí, blandiendo el sable con feroza, y levantando la mano izquierda nerviosamente contraída.

—¡Fuego!..

Y la palabra «fuego», repercutiendo en todas las bocas, fué como la chispa que prende un monte de pólvora.

Oyéronse descargas que sucedían á otras, gritos, juramentos, imprecaciones, y zumbidos de los morteretes que habían llevado los malagueños.

Las fuerzas del ejército francés, mandadas por Meilhaud, recibieron en los primeros momentos aquella lluvia de proyectiles, en medio de la mayor sorpresa. No esperaban el encuentro, pues marchaban confiados hácia Málaga, sin preveer la emboscada.

Al desconcierto iniciado en el enemigo, sucedió la reacción que solo puede operar la disciplina, y, entonces, los franceses cargaron desesperadamente sobre los malagueños, no sin experimentar numerosas bajas.

Rugía Abelló, pretendiendo infundir su indomable brío en los hombres que acaudillaba. Redoblaban los guerrilleros su fiereza, y perdiendo únicamente el tiempo indispensable para cargar sus

fusiles, disparaban con una precisión y con una agilidad, dignas de un ejército bien organizado.

Los franceses hacían nutrido fuego á los nuestros, ora arrojándoles granadas de mano, que al estallar entre los malagueños producían el desconcierto; ya disparando sus morteros rodados y sus mosquetes con extraordinaria regularidad.

Media hora duró la lucha, y al cabo de ella combatieron tan de cerca las dos partes, que ya servían más á los guerrilleros las navajas, las espiochas y las piedras, que las armas de fuego.

El avance llevado á cabo por los franceses, colocó á los patriotas en una situación desventajosisima.

Batíanse á cuerpo descubierto los malagueños, que habían tenido que abandonar sus trincheras, replegándose con bastante orden y sin cesar en su actitud.

Abelló estaba hecho una furia, echaba por aquella boca sapos y culebras.



Y no se escondía; luchaba también con denuedo y proporcionaba no pocas bajas al ejército invasor.

Un refuerzo de los franceses, vino á decidir la victoria: engrosado el número de aquellos, cargaron desesperadamente sobre los nuestros, en cuyo momento se inició una desbandada que supieron aprovechar, con buena regla de táctica, los secuaces de Meilhaud.

El desórdén, por parte de los guerrilleros, fué verdaderamente de lamentar. Unos huían, campo-atraviesa, buscando su salvación en las sinuosidades de los montes; otros retrocedían en acelerada carrera por el camino, en dirección á Málaga.

Los menos, defendían su retirada haciendo uso del todavía humeante cañón del trabuco.

Los franceses celebraban aquella victoria, lanzando gritos y formulando palabras en su idioma, no comprendido por los nuestros. Y los de Málaga se apartaban de aquel lugar de muerte,

faltos de palabra y con el corazón medido en un puño, como se dice vulgarmente.

Sobre el campo quedaron los cuerpos exánimes de muchos combatientes. Lanzaban algunos infelices guerrilleros débiles gemidos de agonía y los bárbaros hijos de la Francia, sellaban aquellas bocas con el silencio de la muerte, arremetiendo furiosos, todavía, contra los cuerpos que aún alentaban un breve impulso de vida.

¡Triste jornada fué aquella!

¡Ómo no ha de consagrar una lágrima, la pátria agradecida, en holocausto de sus valientes hijos que murieron defendiéndola!..



Abnegación y salvajismo

Al penetrar, dispersos por la ciudad, los voluntarios, corrió inmediatamente la noticia de la derrota y el anuncio de la proximidad de los franceses.

El padre Berrocal encaminóse furtivamente hácia su convento, perdida toda esperanza; y, en previsión de un castigo que temía le fuese impuesto, cambió de traje en el monasterio y montando sobre una caballería fugóse por el inmediato camino de Colmenar.

Abelló, más enérgico, y aún latente su entusiasmo, al llegar á Málaga, trató de enardecer nuevamente los ánimos, á tal punto que aquellos guerrilleros que habían vuelto á la ciudad presa del mayor cansancio y menosca-

bado el valor, recobraron su valentía y dieron margen, con su ejemplo, á que *toda Málaga* se levantase dispuesta á repeler la fuerza con la fuerza.

Ello fué obra de poco tiempo: los hijos del noble pueblo malacitano, ardiendo en santo patriotismo y á impulsos del coraje que encendía en sus pechos la proximidad del enemigo, formaron un muro de carne humana en las afueras de la población, remediando así la sensible falta de bastiones y parapetos.

En tanto, algunos vecinos de los barrios de la Trinidad y de los Percheles evacuaban sus viviendas, alejándose de aquellos lugares, que podrían ser, en primer término, objeto del vandalismo de las hordas invasoras. Pocos fueron, sin embargo, los previsores: quedó la mayoría del vecindario encerrado en sus casas, dispuesto, si el caso lo exigía, á mostrar su hostilidad á los franceses arrojando objetos y metralla desde los balcones.

Hízose aguardar poco tiempo el esperado enemigo, que, enardecido por su reciente victoria, augurio de otros laureles, arremetió á los nuestros con un empuje ravano en la exajeración.

Resistieron la carga de los lanceros polacos nuestros valientes patriotas, luchando con un denuedo extraordinario.

Pero... tal vez *estaba escrito*, que la sagrada bandera de la independencia había de ser hollada en esta jornada luctuosa.

Mientras la aterradora lucha tenía lugar, con gran desventaja por parte de los españoles, y con gran número de heridos y muertos del ejército francés, la noche iba tendiendo sus crespones sobre la tierra, quizás ganosa de envolver el desastroso fin de aquella derrota.

¡De qué sirven el denuedo y la bizarría, cuando lucha en su contra un invencible contingente de fuerzas!...

Málaga enterá resistiendo el empuje del numeroso ejército que la acometía,

era como débil muralla colocada por mano inexperta en la ribera de asolador torrente, cuyos ímpetus requieren otro artificio más firme.

Roto el obstáculo que anteponían los valientes malagueños á las huestes de Bonaparte, penetraron estas por las calles de los barrios, dando muestras de su instinto salvaje y de su espíritu embrutecido por los resabios de la guerra.

¡Ah! Bien ha dicho un honrado publicista malacitano: «En estado de guerra, las malas pasiones preséntanse tumultuosas y dominadoras, y arrastran al hombre á los excesos que son consiguientes.»

Y refiriéndose al hecho concreto que estamos puntualizando, otro escritor de Málaga, su ilustre historiador Guillen Rebles, dice lo siguiente:

«Los franceses entraron en las calles de Málaga, ébrios de ira, ciegos por el afán de venganza, y tomando horribles represalias de las muertes de los suyos;

ni el anciano inerme, ni el niño indefenso, ni las tímidas mujeres hallaron gracia entre ellos: la soldadesca atropelló cuanto encontró al paso; vida, caudales y honras fueron su presa en aquella espantosa noche del 5 de Febrero »

Pormenores

Abelló llegó á comprender cuán grande había sido su temeridad; y esperando otra nueva derrota, concibió la idea de la huida, como medio para conservar la existencia. Al comenzar la noche, volvió la espalda al lugar donde sus leales derramaban su sangre y entregaban el postrer suspiro.

¡Cuántas veces el instinto de conservación traiciona el arrojo, inspirando en el fragor de la lucha la idea vergonzosa del retraimiento!

Pero no fueron solo Abelló y el fraile capuchino los que abandonaron su empresa; San Millan, Jimenez, y otros tantos ocultáronse con las mayores seguridades, ó huyeron tímidamente de la ciudad.

Y, en tanto, el horrible estado de cosas puesto en práctica á la entrada del ejército extranjero, seguía dando los tristísimos resultados que en un principio.

Continuaban ejerciendo los vencedores el saqueo y el pillaje, sin que Sebastiani, ó Perinon, (general polaco, el segundo, nombrado gobernador de la plaza) se dignasen poner coto, espontáneamente, á tan descaradas horrendas extralimitaciones.

Entonces, seis individuos de la junta depuesta, seis abnegados vecinos de Málaga, persiguiendo más el interés de sus conciudadanos que el interés suyo, presentáronse á Mr. Horace Sebastiani y llamaron á su corazón con tal acierto, que el caudillo dió inmediatamente las órdenes necesarias para que el desbordado ejército depusiese su actitud.

Extraño es que el historiador de Málaga no apuntara los nombres de los valientes ciudadanos, que practicaron comision tan oportuna.

Fueron aquellos, don José de Ortega Rengel, don Luís de Molina, don Francisco de Ayala, don José M.^a Tentor, D. Manuel Rengel y D. José Sanchez de Castilla.

Uno de los agitadores, si así pudo llamarse quien se limitó á concurrir á alguna que otra junta, haciendo una evolución provechosa declaró, en cuanto dió fiasco la defensa de los malagueños, que el proyecto de resistencia le pareció siempre descabellado y que si él coadyuvó de algún modo á su realización, fué por miedo á don Vicente Abelló... y á la horca

¿Quién era el que así se manifestaba? Era don Ruperto Tostana, el médico, hombre que acostumbraba á sacar el mejor partido de todas las situaciones.

¡Lástima que la semilla de este político tornadizo, no se haya perdido!

¿Y Joseph Torrubia?... ¡Pobre comediante!... ¡Cuánto más fácil es recitar un parlamento que asistir á una acción de armas!

Joseph quedó sobre el campo. Fué uno de esos héroes anónimos, uno de esos valientes que al mirar rotas sus venas en beneficio de la patria, dejan derramar hasta la última gota de sangre, sin proferir una maldición, sin renegar de su bandera.

¡Herido!

Íba mediada la tarde, cuando apareció un grupo de pastores por el extremo norte. Acercáronse aquellos hombres, con gran cautela, al sitio de la acción, ansiando sin duda satisfacer una extraña curiosidad.

Desde respetable distancia contemplaron, con silencio religioso, el espantable cuadro que formaban las víctimas, y al llamarles la atención Andrés, que yacía en tierra, despertaron de su abstracción y acudieron á socorrerle con tierna solicitud.

Uno de los pastores desciñóse el récio capote que llevaba y colocóselo á Andrés, que tiritaba de frío. ¡Verdad que en aquel sitio corría un viento ca-

paz de helar las calderas del infierno!

Dos de aquellos campesinos entrelazaron las manos del uno con las del otro, improvisando una silla sobre la cual fué colocado el herido.

Y al alejarse los caritativos pastores, en dirección á su rancho, conduciendo al pobre Jaleque, las aves carnívoras descendían sobre los muertos, desgarrando sus exánimes cuerpos y celebrando repugnante banquete de carne humana...

¿Qué le había sucedido á nuestro buen Jaleque?... Sepámoslo: tuvo que pelear, cuerpo á cuerpo, con un infante del ejército invasor, mostrando una valentía digna de singular alabanza.

El soldado polaco, hombre de recia estatura y brazo formidable, avalanzóse á Jaleque, con la fiereza del leon.

Pero el rondeño esquivó la acometida dando un salto hacía atrás y, blandiendo simultáneamente la espiocha, (única arma que le dieron) dejola caer sobre la cabeza de aquel atleta, que ro-

dó al suelo lanzando un rugido de bestia.

Entonces otro soldado francés, gritando frases de indignación, en su idioma natal, trató de acometer á Jaleque, amenazándole con larga pica.

Era de ver á Andrés, pálido, encajados los dientes por una contracción nerviosa; fija su vista de lince en los movimientos de su adversario, cuya amenaza pudo esquivar dándole un golpe irresistible, con la pala de la espiocha.

Horrible descarga, procedente del ejército de Napoleon, oyóse en aquel instante; cayendo una lluvia de metralla sobre las ya desorganizadas huestes malagueñas.

Huyeron, entonces, los combatientes que pudieron quedar ilesos, y cayeron aquellos á quienes alcanzó el fuego del enemigo.

Sintió Andrés, que entre el espacio y sus ojos se interponía un velo densísimo; que su inteligencia se apagaba,

que sus miembros perdían la virilidad que los sostuvo . . , y ya no sintió más: el cuerpo del infortunado guitarrista rodó en tierra, y las hordas vencedoras partieron de aquel lugar, lanzando roncós gritos que inspiraba el orgullo salvaje de la victoria.

El viento, atravesando ruidosamente por aquel desfiladero, besaba la frente de los mártires, que yacían en tierra, y parecía lanzar eterna maldición sobre el pueblo que trataba de ensanchar sus confines, robando territorios ajenos y derramando torrentes de sangre.

La calentura

Llevaron los pastores á Jaleque, á su inmediato rancho, prestando al herido humanitaria asistencia; y, apenas apuntó el alba, colocaron á Andrés sobre una caballería y condujéronle á Málaga, custodiado por un jóven campesino llamado Albercones.

Por todo el camino fué Andrés dolíéndose más de las heridas del alma que de las de su brazo derecho, el cual no dejaba de producirle extraña molestia.

Algunas horas despues penetraron los viajeros en la ciudad, no sin haberse desviado del sitio donde se hallaba un reten, y á poco llegaron ambos caminantes á la casa de Andresico.

Apeóse Jaleque, ayudado por Albercones, que era incansable en caminar y en hacer bien, y el primero recomendó al segundo que depositase el muleto en un meson, que existía por aquellos años en la casa número 125 de la calle de la Trinidad.

Cumplió lo indicado el honrado campesino quedando en volver cuanto antes, y Jaleque fingió que entraba en la casa, si bien quedóse oculto en el zaguán hasta que desapareció Albercones de la calleja.

Entonces el rondeño, aunque falto de fuerzas, animado por ese secreto impulso que ayuda á realizar los actos en que está poderosamente interesado el corazón, se dirigió á la calle del Ángel, colocóse frente á frente á la casa del herrero y, hallando la puerta entreabierta, pero sin notar vestigios de gentes en el interior del edificio, quedóse absorto sin saber qué hacer.

Notó en la calle aquella como en las demás que cruzó, una soledad, un mis-

terio que inspiraban temor. Parecía que el barrio, antes alegre y bullicioso, habíase quedado sin habitantes.

Ya se disponía á dejar aquel sitio, cuando sintió pasos precipitados por el extremo de la calle que áflua á la del Zamorano: se detuvo y esperó á que se le aproximara el transeunte. Este, á la clara luz que prestaba la luna, reconoció á Andrés y suspendiendo su marcha e habló.

Era Matías, un vecino del barrio, valiente como él solo, hombre de pelo en pecho que tenía fama de maton.

Solo una persona, de suyo temeraria, era capaz de andar de noche por aquellas calles, á raiz de sangrientos sucesos que habían puesto pavor en todo los ánimos. Así pues, el valiente se admiró de ver á otro hombre, y en un principio creyó que fuese algun bandido dispuesto á aprovechar las circunstancias.

Bien pronto se convenció de lo contrario, al reconocer á Andrés y al re-

cordar los amores de éste (que todo el mundo supo) con la hija del herrero.

Más le hubiera valido á Jaleque no tropezar à nadie en aquellos sitios, pues las noticias que el terne le comunicó, respecto al saqueo realizado en la noche anterior, por los franceses, hicieron que el corazon del rondeño latiera con desorden y que sus ideas se extraviasen por un momento.

El narrador observó la agitación de Andrés, pues era tan patente que la noche no bastaba á ocultarla, y al enterarse de que padecía el guitarrista una grave lesion, que había ocasionado gran pérdida de sangre, trató de apartar de allí al amante de Antonia, acompañándole á la vivienda, no sin que tuviera que irle sosteniendo, pues la fiebre que padecía el pobre Jaleque, era intensa por demás.

Veía el infeliz Jaleque, con los ojos escrutadores de la imaginación, á Antoñica despedazada por la mano infame de un gabacho maldito; y se la repre-

sentaba su delirio llamándole á él, pidiéndole defensa con acento de profunda exaltación.....

¡Si Andrés hubiera sabido que el tío Runcales tuvo tiempo de poner en salvo á su hija!...

Pero como nó le decían nada de esto, tenía derecho á perderse en las más tristes conjeturas...

Los afrancesados

Mr. Horace Sebastiani, despues de haber deferido á las pretensiones de la comision, que, con tanto empeño, le suplicó la suspension del bandidaje ejercido por el ejército francés, confrenció con Azauza y con Perinon, exponiéndoles la conveniencia de entenderse con los individuos que habían constituido el anterior Ayuntamiento, ya que la comision arriba indicada, le mostró su deseo de rendir vasallaje al rey extranjero.

Conformes, los generales Perinon y Sebastiani y el comisario régio Azauza, pronto fueron avisados el corregidor Martínez M. de Baños, Ortega, Molina, Tentor, Rengel, Ayala y tantos otros,

para proponerles que continuaran al servicio de Bonaparte, manera la más apropiada de que el rey *perdonara* á la ciudad la hostilidad que mostró en un principio á sus legiones.

Los regidores aceptaron esta propuesta, manifestando un entusiasmo que desmentía las leyes del patriotismo; y, Sebastiani, anhelando dar un carácter público y solemne á la adhesión de los individuos del Ayuntamiento, les manifestó la conveniencia de celebrar una jura, señalando como lugar adecuado, la hermosa basílica malagueña.

Y amaneció el día 8 de Febrero: el día en que precisamente habían de prestar juramento al rey José, los dúctiles caballeros que componían el Ayuntamiento malagueño.

Celebrada esta solemnidad, cuyo detalle sería prolijo, el Comisario régio don Miguel Joseph de Azauza, entregó al Corregidor de Málaga el siguiente oficio:

«En atención á que todos los indivi-

duos del Ilustre Ayuntamiento de esta ciudad han prestado el juramento de fidelidad y obediencia al Rey N. S. Don Joseph Napoleon I, á la Constituc.ón y á las Leyes, les confirmo en sus respectivos officios por ahora y hasta la determinacion de S. M., usando de las facultades que para ello me tiene conferidas.

Lo aviso á usted para su inteligencia y la de los mismos interesados; expresando yo que todos continuarán desempeñando las funciones de su cargo con la exactitud y esmero que corresponde, y les harán acreedores á las dignaciones de S. M.

Dios guarde à usted muchos años.—
Málaga 8 de Febrero de 1810. Miguel Jph de Azauza.—Señor Corregidor de Málaga.»

Es decir, que el juramento de fidelidad era absoluto, pero la confianza que se depositaba en el Ayuntamiento era relativa.

Sin embargo, (hubiera podido argüir un afrancesado) S. M. fué altamente

benévolo, puesto que ofreció perdón á los que habían hostilizado à sus huéspedes. Dígalo, si nó, el pomposo bando que se fijó á las puertas de la Casa de la ciudad. El bando comenzaba así:

«Don José Napoleon, por la gracia de Dios y por la Constitución del Estado, Rey de las Españas y de las Indias.

«Vista la proclama fecha en Córdoba el día 27 del mes próximo pasado, etc..»

Y concluía... ¿cómo direis? Pues... concluía ofreciendo Pepe Botella, «plena y entera amnistía á los autores, fautores y agentes de las turbulencias que habían agitado estas provincias (con el fin de poner en olvido las pasadas desgracias) señalando un término de quince días para que los culpables pudiesen arrepentirse solemnemente, prestando el juramento de fidelidad y obediencia ante las justicias del pueblo de sus domicilios.»

¿Qué tal?... ¿Era, ó no, magnánimo su magestad?... ¡Vaya si lo era!..

El alma y los sentidos

Toda la noche se quedó Matías al lado de Andrés, en union del jóven campesino que había acompañado al herido.

Don Ruperto Tostana no dió cumplimiento al recado que le llevára el guapeton y, así, pasó la noche sin que ningun médico viese á Jaleque, cuyo estado parecía cada vez peor.

Lo que más agradeció el buen Andrés á Matías fué, que teniendo con él una amistad poco estrecha, se prestara á favorecerle tan de buen grado; rasgo que no desdecía de la conducta general que observan los hombres de pelo en pecho. Porque para el observador es cosa por demás sabida, que los valientes tienen arranques de generosidad

que no se notan, por cierto, en los seres que más alardean de practicar el bien. Matías guardaba religioso silencio en los instantes en que dormitaba el pobre Jaleque; pero cuando éste despertaba le dirigía la palabra con cariñosa solicitud y le hablaba de Antonia; ¡Cómo veía él que el nombre de la hija de Runcales halagaba los oídos de Andresillo!

Aquella noche hizo su composición de lugar el valenton, proponiéndose gestionar, al día siguiente, algunos detalles indispensables para la ventura de Andrés. Y era que el hábil guitarrista se había hecho altamente simpático en el barrio, no solo por sus manos, que las tenía de oro, sino por su afabilidad y hombría de bien. Apenas amaneció, Albercones, que casi no había dormido, expresó á Andrés la necesidad de regresar á su choza, noticia que Jaleque deploró mucho, pues había llegado á experimentar verdadera simpatía por el desinteresado pastor. Pero, como di-

jo muy bien Albercones, dadas las circunstancias, su padre había de esperarle con ansiedad, y no era cosa de tenerle en tortura. Prometió volver pronto el simpático zagal, y luego se despidió cariñosamente de Andrés, al que deseó pronto arribo al puerto de la salud.

Andrés no volvió á conciliar el sueño, pero su mente perdióse en un dedaño de reflexiones. Brotaron en su memoria los recuerdos de la última entrevista que tuvo con la Morena; reprodujo su cerebro cuanto en dicha noche sucedió; presentósele al mismo tiempo la imagen de Antonia., y no supo por qué afecto decidirse.

Miraba á la Morena y recordaba que aquellos ojos le habían comunicado el fuego de la lascivia; todavía, aun á pesar del estado anormal en que se hallaba, Jaleque, experimentaba no se qué misteriosas sensaciones. Y se daba cuenta de un prodigio que nunca hubiera podido creer, á no tocarlo tan de cer-

ca: Antonia y la Morena cabían en su pensamiento; la una, como afecto purísimo que perfumaba su alma; la otra, como riente satisfacción de la materia...

La fiesta

Poco á poco fué mejorando Jaleque; don Ruperto supo curarle á maravilla, pues en pocos días devolvió al enfermo su vigor.

La Morena no dejó de visitar á Andrés, temerosa, como siempre, de que la engriese Antoñica, por más que se creía segura en el afecto de Jaleque, ya que le había entregado su cuerpo. Por otra parte, el guapeton, obrando no solo por la simpatía que Andrés le inspiraba, sino tambien por la repulsion inexplicable que sentía hacia Manuela, habló con Runcales y con Antonia y desvaneció todas las dudas que existían, respecto al cambio operado en Andrés. Ámplias explicaciones mediaron entre

la representación oficiosa de Ja'eque y el tío Runcales, naciendo de aquellas una grata esperanza para el alma de la bella Antoñica, cuyo amor había crecido á medida que transcurriera el tiempo. También se habló, en esta conferencia, de la Morena, á la cual odiaban los interlocutores.

Runcales expresó, poniendo en juego su dignidad de padre, que lo que había de común entre Manuela y Andrés, sería siempre, y en todo tiempo, un obstáculo insuperable para la unión de su hija con Jaleque.

Matías trató de convencer al herrero, y no solo le hizo esperar en una pronta y lógica ruptura, si que también trató de darle á entender los caracteres diferenciales que existían entre el afecto que Andrés profesaba á Antonia, y el que manifestaba á la Morena.

— ¡Mardita sea la pena! — decía el guapeton. ¡Ese no pué querer á esa lobesna lo mismo que á este angelito! Ya se sabe lo que tira un engreimiento de esos,

maestro; ¡pero una niña como Antonia!... ¡Esa es otra cosa; aquella, no es *niá* para Andrés; ésta, lo es *tó!*... Por último, Matías dijo que al día siguiente, domingo, debía celebrarse una fiesta en casa de Trinidad, la Estrella por buen nombre, que vivía en calle de la Yedra, y rogó que Antonia asistiese á aquel ratito de diversion, insistiendo tanto el valiente, que la hija de Runcales, abrigando una esperanza, prometió no faltar... si su padre le daba licencia.

.
A la noche siguiente, tuvo lugar la fiesta anunciada. En una sala baja, cuyas paredes veíanse adornadas por estampas adheridas á aquellas, y cuyo escaso mobiliario permitía que el número de concurrentes no fuese exíguo, se hallaban reunidas las mozuelas y los mozos, dispuestos á endulzar la tristeza que el reinado de Bonaparte inspiraba á todos los buenos españoles.

Aquellas hermosas muchachas, luciendo abigarrados faldellines y visto-

sas arracadas de plata, formaban encantador conjunto. El artístico velon de cuatro mecheros, iluminaba con relativa esplendidez la habitacion, poniendo al descubierto, ya unos ojos traidores, ya una sonrisa grata, ya una mueca ó un guiño de andaluz escuela.

Parecía reir la guitarra, á impulsos del cosquilleo que la experta mano del tocador producía, al rasguear los *nervios* que surcaban el mástil. ¡La guitarra! . . ¡Es instrumento que produce sonidos de arpa y vibraciones de salterio; enseñando á la una, y al otro demostrando, que bastan seis cuerdas para derrochar cantidades fabulosas de armonía, y para conmover el alma de los seres menos sensibles.

Entre las jóvenes del barrio, destacábase Antonia, cuya palidez contrastaba con el color del rostro de sus amigas. Faltaba aún Jaleque.. , pero no tardó en presentarse, acompañado por Matías. Verle Antonia y sentir que su corazón quería salirsele del pecho, to-

do fué uno. Tampoco pudo Andrés dominar su emoción. Todos los concurrentes advirtieron lo que pasaba á los amantes.

El tocador cesó en su tarea, manifestando cuán penoso le era tañer la guitarra delante del maestro.

Jaleque hizo gala de su modestia y animó al guitarrista.

—Pa que veas lo mucho que me gusta tu estilo, voy á cantar una copla.

—¿Tienes fuersas?...—preguntó Matías sonriendo.

—El buen deseo hase milagro;—dijo Jaleque, sonriendo también.

Y enseguida cantó la copla siguiente, en estilo rondeño, que era el de su tierra:

Está de luto mi arma
y está de luto mi pecho,
porque me ha dao al orvío
la serrana que yo quiero.

La voz trémula de Andrés, no quitó lucimiento á la copla; ésta brotó de sus labios rica en modulaciones y ferma-

tas, que constituyen los rasgos característicos de los cantares malagueños.

—Vamos á vé, Antoñica;—dijo Matías, que se había propuesto officiar de mediador, á toda costa. Antonia no se hizo rogar. Probó su voz, en tono imperceptible, y, luego, entonó briosamente la siguiente estrofa:

Querer que parese un río
y se para en una piedra,
ni es un cariño profundo
ni es su corriente ligera.

Las mozuelas cuchicheaban entre sí, prometiéndose aquella noche grandes cosas, pues la fiesta comenzaba á pedir de boca. Andrés cantó por segunda vez, y lo hizo así:

Si lo que yo te he querido
fueran monedas de oro
no hubiera en el mundo un pobre
que no tuviera socorro.

A lo cual contestó Antonia, cada vez con mejor gusto y método:

Si lo que yo te he querido
fueran estreyas del sielo,
todo el azul estaría
con las estreyas cubierto.

Cesaron en sus cantares Antonia y Jaleque: preludeó la guitarra los compases del jaleo, y la Estrella y otra muchacha de raro donaire salieron á bailar, no sin ceñir el crótalo á sus manos. ¡Qué precioso baile fué aquel! Colocada la pareja, con los brazos en jarras, los descinó al propio tiempo, y realizando fáciles mudanzas y vueltas, recreóse la vista de los circunstantes, que premiaron tanta gallardia con sus *oles* y *vivas!*... ¡Hermoso cuadro de género, casi borrado por la acción del tiempo y por la reforma de nuestras costumbres!

¡Venganza!...

La fiesta terminó á hora avanzada y Andrés y la dueña de sus pensamientos aprovecharon el tiempo maravillosamente. ¡Como que salieron de casa de Estrella reconciliados sobre la base firmísima de explicaciones satisfactorias ofrecidas por ambos! ¡Qué inexplicable alegría experimentaba el corazón de los enamorados! .

Después del sarao, Andrés charló con Antonia por aquella ventana que tantos días había permanecido cerrada. ¡Y qué de ternezas se cruzaron; qué de promesas dulcísimas!... Antonia sufría mucho, cada vez que paraba su vista en el brazo herido de Jaleque.

—Yo le resaré á la Virgen y tú verás

como se te cura pronto;—decía cariñosamente aquella boquita de ángel.

Andrés no sabía con qué palabras agradecer tanta ternura, y su conciencia le argüía, por haber llegado á dudar de un alma tan pura como la de Antonia. Fué preciso separarse: la ronda, que vigilaba aquellos alrededores, pasaba frecuentemente por la calle del Angel, cual si no gustara de ver parado á altas horas á aquel amador, delante de una ventana. Despidióse Jaleque de la encantadora niña, látiéndole el corazón con más fuerza que nunca. Fuése á su vivienda y se acostó enseguida, por más que el sueño no le aguijaba. ¡Como que estuvo toda la noche en vela, perdido en ideas halagadoras, que se mezclaban con ideas sombrías!

Experimentaba singular sensacion de placer, cuando pensaba en aquella dulce reconciliacion, que tanto había deseado; pero cuando recordaba sus devaneos, cada vez más inexplicables para él, con la Morena, las sienes golpeá-

banle con fuerza y se aturdió al extremo de desesperarse. ¿Cómo había caído en brazos de Manuela, cuando su alma, su cariño, eran de la sin par Antonia?... ¡Antonia! . Su nombre llenábase de misteriosas delicias. ¡Manuela!... Su recuerdo solo repercutía en la carne.

Sí, se convencía de ello y resolvía favorablemente la duda: su trato con Manuela no logró entibiar, ni un instante, el apego que sintió por la hija del herrero. Sello de amor que solo imprime en la carne, desaparece presto; solo es indeleble cuando deja su huella en el alma.

.
Bien pronto se convenció la Morena de que el alma de Andrés no era suya. Y se convenció, por que Jaleque hubo de decírselo en una última entrevista, que llenó de desesperación á la orgullosa Manuela

Andrés no volvió á verla más, y, entonces, los celos, el despecho, todo ello mezclado en amalgama impura; la de-

cidieron á vengarse ¡pero á vengarse de un modo horrible! Parecía que Manuela iba á volverse loca; tal fué su arrebato. En un principio renegó, con gran exaltación, de su vida, de la vida de Andrés, del alma de Antonia, de la flaqueza que había mostrado con el perjurio... Anduvo par la habitacion, como una loca que ha logrado destruir la camisa de fuerza. ¡Y á todo esto, un temblor visible agitaba todos sus miembros! De repente alzó la cabeza con altivez, la Morena; enjugóse el llanto con rápido ademán. Entonces, cerrando los puños, y adquiriendo su semblante un tinte sombrío, dijo con voz segura:

—Ni mio, ni suyo.

No habló más; permaneció, en el resto del día, presa de infernal obsesión.

Denunciado

¡Quince días le plugo conceder á S. M., para que dentro de ellos pudiesen rehabilitarse los guerrilleros! Esto se supo y se comentó por todas partes. ¡Como que el pregon fué metiendo la noticia por los oídos...!

Y de tanto pensar la Morena en *una que fuera sonada*, y de tanto hablarse de la amnistía, ya prescrita, vino Manuela á concebir su venganza.

Habían pasado los días de gracia; restaban, pues, los días de justicia; y Manuela Godinez, presa de más grande arrebató desde que conoció proyectos de boda en casa de Runcales, pensó .. en delatar á Jaleque como rebelde al francés, como guerrillero impenitente

que, despreciando el ofrecimiento de perdón oficial, vivía á espaldas de la ley. ¿Puede suponerse mayor maldad?... ¡Ah! los celos, el amor propio ultrajado, producen impulsos que llevan al delito. Pero... ¿cabe tanta crueldad en el corazón de una mujer?... ¡La Morena delatando á Jaleque ante las autoridades francesas; buscando por manera tan inicua la satisfacción de un ánsia reprobada!...

¡Oh Dios bueno!... ¡Oh Dios generoso y pío!... ¿Permites que entre los ángeles de la tierra se escuchen á veces sonidos de infierno, que conturban la armonía de pureza, caracter distintivo de la mujer, prez de la raza humana?...

Dormida la conciencia en aquellos instantes, para despertar, tal vez, cuando la infamia no tuviera humana compostura, la Morena solo veía, á través de su indignación, por el histerismo abultada, la eficacia del medio empleado para distanciar á Antonia y á su prometido.

¡Conciencia! . ¿Por qué no levantas tu voz severa y poderosa antes de que el delito se perpetre y el alma se encenague? ¿Tienes fuerzas para condenar la culpa, mas no para evitarla?

No hay duda: lo he sabido por pruebas irrecusables, base de toda esta humilde narracion. La Morena delató á Andresico, ni más ni ménos que si se hubiera tratado de su enemigo más despreciable. Verdad que dudó mucho; que cuando más su voluntad lo dictaba, más su conciencia lo resistía. Pero en aquella duda, entre aquel dilema surgía la figura de Andrés, reclinada la varonil cabeza en el regazo virgen de la hija del herrero, y aquella aparición, aquel reflejo de la fantasía, inclinaban el deseo hacia el mal y en él hacíanle gustar sabrosas mieles de satisfacción punible.

Ello fué cosa de breve tiempo. Más que sembrar la popularidad, con la semilla del bien, urgía á los franceses deparar castigos que escarmentaran á los

revoltosos. ¡Y hé aquí cómo el infeliz rondeño había de ser carne entregada al ánsia voraz de justicia! Fué encarcelado Jaleque, una noche en que charlabá de amores con la gentil Antonia; una noche en que Andrés despedíase, con entusiasmo de amante, de la ventanita que por última vez oía sus quejellas. Al día siguiente debía unirse en santo lazo á la mujer adorada, y hé aquí por qué Andresillo decía, con la suprema satisfacción de quien vá á poseer el tesoro que soñó:

—¡Adios, ventanita; adios, masetiyas de claveles; mañana sereis mías, por que lo será vuestra dueña...!

Puede imaginarse el lector la sorpresa, la terrible sorpresa de Antonia, al ver á su adorado Jaleque, aprehendido por incultos soldados del francés. El cielo, desplomado á los piés de la cariñosa niña; el infierno, abierto con fauces inconmensurables, no le hubieran producido tanta estupefacción y tanto dolor. «¿Qué es esto?—decíase,— ¡Si no

puede ser; si Andrés es bueno, bueno como mi padre! ¡Dios mio, Dios mio! » Y ahogando los sollozos sus palabras, rindióse al dolor, sin que su mente extraviada pudiese sugerirle una explicación de todo aquello.

Fué llevado Jaleque á la cárcel; en ella se le encerró dentro de inmundo calabozo, cual si se tratara de asesino ó de ladron vulgares, dignos de todo el rigor, de todo el peso de la ley. Perdido en confusiones que caóticamente revolvían su cerebro, hallábase el infeliz guitarrista en su prision. Pasó en ella toda la noche, sin que pudiese endulzar sus dolores otra idea que la idea del amor. ¡Amor bendito!... ¡Religión universal!... ¡Si todos los hombres sepáranse, buscando en religiones distintas las leyes de la conciencia, en tu templo ¡oh amor! únense estrechamente, porque tu templo es uno y tu dogma no se halla dividido.

Pero... sigamos contando los infortunios de Jaleque: sumarísimo fué el pro-

cedimiento. Probada la participación que, como «fautor de las turbulencias,» tuvo Andresico en la emboscada del camino de Antequera; trascurridos ya los días en que era dado á las justicias de los respectivos pueblos conceder plena amnistía, Jaleque fué condenado... ¡á muerte!, sin que sus jueces, al fulminar tan inicuo fallo, sintiesen abatidos el espíritu y la conciencia. ¡Época de tiranías inconcebibles, de martirios crueles, que no cesaron, por cierto, con el advenimiento del *Deseado!*

.
A veces los cuerpos débiles tienen peregrinos arranques de fortaleza: la hija de Runcales, más que rendirse al dolor, más que sucumbir al peso de aquella fatalidad, recobró gran suma de fuerza é hizo acopio de prendas de actividad.

Inquirió el fundamento de la prisión de Jaleque, investigó la delación infame, comunicó á su buen padre aquel vigor que experimentaba la linda don-

cella; llamó á Matías, con voz que pide auxilio, sugiriéndole la idea de una asonada, como medio de libertar por fuerza al infeliz amante: todo, todo lo pensó y lo puso en práctica brevemente, ayudada de aquel secreto impulso y guiada de la mano por el amor desinteresado y noble, que constituía la página más brillante del libro de su alma.

Si: Antonia fué, en aquel trance amarguísimo, la infatigable heroína, que con actividad y ahinco extraordinarios, buscó la salvación del ser que adoraba. Echóse á los piés de Sebastiani, hombre de corazón tierno; y, conmoviéndole con sus lágrimas, consiguió que la ejecución de la sentencia se detuviese algunas horas. «Si ese hombre,—dijo el general—jura todavía fidelidad á los poderes constituidos, será libertado.» Un rayo de esperanza fulguró en el alma de la amante. No comprendió, por de pronto, que la rectitud de Andrés saldría victoriosa de aquella prueba.

Pobre niña, solo nacida para amar y



para ser amada: ¿qué sabía ella de firmeza en las opiniones, de consecuencia en el patriotismo? A poco que se lo hubiesen explicado, lo hubiera comprendido, pero espontáneamente, no cabía tal idea en su cerebro. ¿Abjuraría de la patria el simpático muchacho?... ¿Prestaría acatamiento al infamante yugo del extranjero, como lo había prestado ya un usía, D. Ruperto Tostana..?

Besos de despedida

Empezaba la conciencia á desplegar sus sombras...; pero ya era tarde: veía Manuela á su víctima maldiciéndola con voz que turbaba el afonismo de la agonía; pensaba en las desventuras de Andrés, horriblemente aumentada por ella, precisamente en el momento en que aquel iba á acercarse á los labios la copa de una felicidad llena de pureza.

Pero en la misteriosa lucha que establecía su deber y su amor contrariado, vencía á ratos el amor y á ratos el deber. Consideraba bien hecho lo hecho, cuando le representaba su imaginacion meridional, escenas de cariño de las cuales eran protagonistas Jaleque y Antonia; condenábase á sí misma con

extraña severidad, al comprender la importancia de su delación y el inevitable fin del pobre Andresillo.

Antonia, por otra parte, enervada ya por lo infructuoso de su lucha, dolorosamente rendida ante la trágica solución de aquellas cuestiones, abatido el espíritu y enfermo el corazón de mal incurable, cayó en el más triste estado de ánimo, en el sueño de la fiebre, sucesor de la actividad y de la fuerza que hubieron de despertar tan de repente.

La calentura se apoderó de su cuerpo y el desvarío ofuscó su razón, presentándole siempre fija la memoria del hombre amado, así como su próxima y desastrosa muerte

En uno de esos momentos de letargo, pocas horas antes del injusto suplicio, presentóse claro, aunque idealizado por triste imaginaria apoteosis, el cuerpo esbelto de Andrés, sonriente la boca, aunque con amarga sonrisa, inclinando la espaciosa frente sobre la frente de Antonia, posando sus labios

en los de la mujer amada y depositando candente beso, confundido entre lágrimas y frases de despedida.

¿Eran quimeras del sueño, ó impulso de un espíritu que daba su tierno adios al alma que le rendía culto?

.
No hay conceja que al referir el martirio de un héroe, la hora de un sacrificio inaudito, deje de registrar pavorosas manifestaciones de la naturaleza; parece obligado fondo de todo cuadro terrorífico, cuyo primer término presenta á una víctima injustamente sacrificada, el cielo nebuloso; el trueno lanzando su voz como universal anatema; el mar cantando ronco *dies iræ*, mientras levanta sus amenazadores líquidos brazos, en prueba de sublime indignación.

Acomodaticio, convencional resulta todo ello: la naturaleza es la única madre que muestra indiferencia ante el infortunio de sus hijos...

Día espléndido; cielo azul, sin asomo

de nubecillas por el horizonte lejano; mar tranquila, fingiendo líquido encaje de espuma al borde de ribera prolongada; aire sutil, templado en la benignidad de un clima sin ejemplo; toda esa corte de naturales bellezas, precedió al veinte y tantos de Febrero, día de la muerte de Andrés.

Aunque jamás había blasonado de patriota, el valioso guerrillero; aunque solo el entusiasmo de un momento fué suficiente impulso á llevarle frente al enemigo, Jaleque sabía cumplir con su deber, y el deber le mandaba ser firme en su aversion hacia los franceses.

Aceptar, tácitamente, aquel estado de cosas, hubiera sido para él acto natural; admitir expresamente la tiranía extranjera, jurar fidelidad al intruso, pugnaba con su instinto de hombre honrado, y por eso repelió la oferta con la altivez bendita, que es proverbial en los hijos de mi querida España. Las lágrimas, los ruegos de Antonia hicieron flaquear un tanto la firmeza del

caracter de Jaleque; pero si la voluntad firmísima del rondeño fué la que mantuvo su actitud, no fué menos la que salvó su honor. Era imposible el perdón de Andresico: aquella lucha entre dos partes no podía decidirse en menoscabo del orgullo, del prestigio—si así puede decirse—de aquellos forzosos tutores de la patria. Una parte imponía el acatamiento, la otra lo rechazaba: entre fuerzas que mutuamente se resisten, ha de vencer la más humanamente poderosa.

No se apartaba, ni un momento, de la mente y del corazón de Jaleque, la imagen consoladora de la mujer amada. Alguna vez, surgió también en su pensamiento la figura de Manuela Godinez; pero ésta reflejábanse en las horas de delirio, predecesoras de la hora de la muerte, como espantable vision, chispeantes los ojos, palpitante el seno, alzando en alto el dogal y ofreciendo á la vez una caricia llena de impudicia. Mezcla de mujer y de demonio, de her-

mosura física y de fealdad de espíritu, la aparición de la Morena conturbó el último ensueño de Andrés, torciéndole el alma y llenándole de misteriosas congojas.

.
La playa fué testigo de todo: allí, junto al bonancible mar, en sitio destinado luego á más horrendo suplicio, vendados los hermosos ojos, ligadas estrechamente las varoniles manos; sin ánimo ya, pero fija la idea en un solo punto y pronunciando la boca un solo nombre, rodó sin vida, á impulsos de certero fuego, el constante amador, el austero patriota cuyos labios, al chocar rudamente con la arena, semejaban besar con ósculo de muerte la tierra bendecida de la madre pátria...

Fin de Jaleque.

COLECCION *URBANO*

Esta biblioteca publicará diversos volúmenes del tamaño del presente, sin fecha fija para su aparición. El precio de cada obrita fluctuará entre **1'50** y **2 pesetas**, según lleve, ó no, ilustraciones el texto.

Dichos volúmenes publicaránse en *lústica*, con magnífico papel y cubiertas en colores, ilustradas por los más notables dibujantes españoles.

Las obras que en lo sucesivo se editen, todas originales de **D. Ramon A. Urbano**, contendrán, respectivamente, novelas, cuentos, poesías festivas ó serias, etc.

Los pedidos podrán hacerse á los siguientes comercios de libros:

MADRID.—Fernando Fé. — Carrera de San Jerónimo, 2.

IDEM.—A. de San Martin—Puerta del Sol, 6.

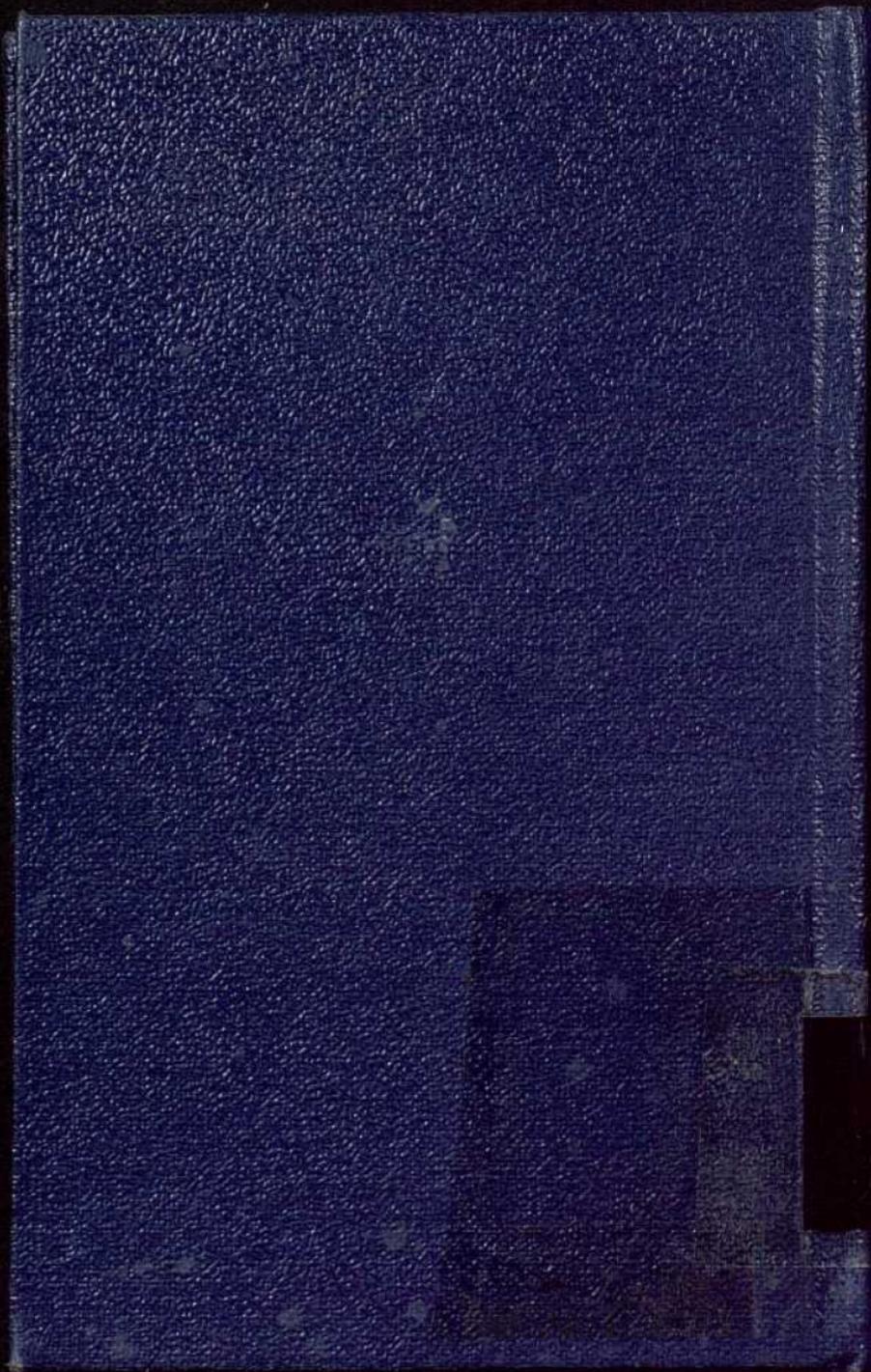
BARCELONA.—I. Lopez Bernagos-si. —Rambla del Centro, 20

MÁLAGA.—J. Duarte—Granada, 43









FAN
XX
2028